

CASTELLANOS, JUAN DE (1522-1607)

ELEGIA VI

*A la muerte de Joan Ponce de León,  
Donde se cuenta la conquista del Borinquen,  
Con otras muchas particularidades.*

CANTO PRIMERO

Voz de mi ronco pecho, que profesa  
Grandes cosas en versos apacibles,  
Desea perfección en su promesa,  
Con muertes de varones invencibles;  
E ya Joan Ponce de León da priesa  
Con hechos que parecen imposibles;  
Pues tuvo, como fue cosa notoria,  
En muy menos la vida que la gloria.

Este hidalgo fue cual le convino  
A la Belona fiera y a sus artes,  
Y con el gran Colón hizo camino  
Debajo de guerreros estandartes;  
En aquella segunda vez que vino  
A los descubrimientos destas partes,  
Señaló grandemente su persona  
En allanar la gran Anacaona.

En Higuey, de quien ya hecimos lista,  
Por Nicolás de Ovaudo fue justicia,  
Donde por indio que habló de vista,  
Del rico Borinquen tuvo noticia;  
Pidió con gran instancia la conquista,  
Por ser empresa digna de codicia;  
Ovando se la dio, y a muchas gentes  
Conduatas de conquistas diferentes.

Porque cuando Hayti se combatía  
Había caballeros generosos,  
Señaladísimos en valentía,  
De mayores empresas codiciosos:  
Ansí cada cual dellos pretendía

Conduta de gobiernos honorosos,  
Para mejor probar su fuerte diestra,  
Y dar de su valor más clara muestra.

El comendador pues se determina  
De dar do se conquiste gente rica:  
A Velásquez le dio la Fernandina,  
Y al capitán Garay a Jamaica:  
Ser desto cada cual persona dina,  
Por larga prueba ya se certifica,  
Y al Ponce de León, con largo mando,  
El Borinquen, a quien me voy llegando.

En diez y siete y diez y ocho granos  
Se suele computar altura deste;  
Los diámetros tienen prolongados  
Cincuenta y cinco leguas leste oeste;  
Rodeala por puntas y por lados  
De belicosa gente brava hueste;  
Hecho y fama tiene de guerrera,  
Porque de los caribes es frontera.

Por treinta leguas hace sus desvíos  
De los Haytíes ya conmemorados;  
Van por su medio montes poco Tríos,  
Porque los aires son todos templados;  
Vierten a todos partes dulces ríos,  
Cuyas arenas son granos dorados,  
Sus recodos, remansos, vertederos  
Abundan de riquísimos veneros.

A la parte del norte Cairabone,  
Que más que toda agua multiplica,  
Mas al oriente corre Tainiabone,  
Cuyas vertientes son de tierra rica;  
Otro tambien se llama Bayamone,  
Y el que nombró Luisa la cacica  
Camuy, Culíbrimas, y el Aguada,  
De fértiles labranzas cultivada.

El Mayaguex al Sur hace su playa,  
Y allí sus aguas Coriguex derrama,  
Al oriente demora Baramaya,  
Jacagua, y el quo dicen de Guayama;  
Macao, Guayaney y Guibanaya,  
Menos ricos que otros, según fama,

Pero ninguno dellos falto de oro,  
Y en todas sus riberas gran decoro.

Teniendo pues Joan Ponce preparada  
Su gente con poderes que le dieron,  
En seguimiento fue de su jornada,  
Con lenguas de Haytí que lo siguieron;  
Y porque por San Joan fue su llegada,  
San Joan de Puerto-Rico le pusieron;  
Desembarco la gente que traía  
En playa y arenal de una bahía.

La tierra se mostró de buen talante,  
Para tales designios conveniente;  
Gran cantidad de indios ven delante,  
Que salen a mirar la nueva gente,  
Pacifico mostraban el semblante,  
Sin muestra ni menos diferente,  
El rey Agueibana también venía  
Con una madre vieja que tenía.

Llegaron a la playa conocida,  
Hablaron a la gente que llevaba,  
Regocijéronse con la venida,  
Según en los aspectos se mostraba;  
Y con las mismas muestras los convida  
Joan Ponce que con lenguas les hablaba,  
Diciéndoles venir aquellas gentes  
Para ser sus vecinos y parientes.

Respondieron que venga norabuena,  
El rey y madre vieja que ya digo,  
Pues amistad fiel nunca da pena  
A quien pretende ser fiel amigo;  
La cual de parte dellos será llena,  
En paz, conformidad y buen abrigo,  
Con lo demás a esto conveniente,  
Sirviéndolos en todo lo posible.

Como reconocieron destas gentes,  
Tan blandas y sinceras voluntades,  
Dieron algunos dones y presentes  
Para más confirmar las amistades;  
Al menos a personas eminentes,  
O más aventajadas en edades,  
Y a madre e hijo largo catecismo,

Para que recibiesen el bautismo.

A estos nuestra fe se notifica,  
Prestando para todo buen oído;  
Pusieron doña Inés a la cacica,  
Joan Ponce de León al convertido:  
La paz y el amistad se fortifica,  
Sin muestra de tenor amor fingido,  
Y estos les descubrieron minerales  
De oro de riquísimos caudales.

Formaron leves ranchos, cañaveras  
Compuestas y ligadas con bejuco,  
Taláronse los montes de riberas,  
Que por acá llamamos arcabuco;  
De las cuales no fueron las postreras  
Las de Manatuabon y de Cibuco,  
Do fueran tan riquísimos veneros,  
Que no podrán crecer los venideros.

El oro sus veneros más abona  
A la siniestra mano y a la diestra;  
Joan Ponce va ganando gran corona  
Entre los indios y entre gente nuestra;  
Ansí quiso llevar por su persona  
Al gran comendador tan rica muestra;  
Pero cuando llegó halló ser ido,  
Y don Diego Colón recién venido.

Fue su primer venida la que digo,  
Y a vueltas del consorcio virtuoso  
El don Diego Colón trae consigo  
Un Sotomayor, hombre generoso;  
Don Diego se le daba por amigo,  
Por ser hijo de conde valeroso,  
Y el rey a este por le hacer bienes  
Dio la gobernación de Boriquenes .

Del cumplimiento destas provisiones  
Escusóse Colón por ciertas vías,  
Y a Joan Cerón nombró por ocasiones  
Que no faltaron en aquellos días:  
Debajo de las cuales intenciones  
Nombro por alguacil a Miguel Díaz,  
De quien hemos tratado largamente  
En parte del historia precedente.

Volvióse pues Joan Ponce despojado  
Al Borinquen que vamos allanando;  
Pero muy poco tiempo ya pasado,  
El rey le mandó dar el dicho mando,  
Siendo de sus servicios informado  
Por larga relación del buen Ovando,  
Y el Sotomayor fue favorecido  
Del Joan Ponce después de proveído.

Y así, con cortesano cumplimiento,  
De justicia mayor le dio renombre,  
Y al rey Agueibaná en repartimiento,  
Fundado pueblo, dicho de su nombre;  
Pero después diré con lo que cuento  
La grande desventura deste hombre,  
Que fue causa de muchos otros daños  
Que sucedieron en aquellos años.

Con el primer consorcio castellano,  
Bien lejos de la mar y malos puestos,  
A Caparra fundó, pueblo mal sano,  
Donde todos andaban indios puestos:  
Al cual mucho después le dio la mano  
Y le buscó lugares bien compuestos,  
Junto de Bayamón que lo abastece,  
Y donde de presente permanece.

Son sus vecinos gente bien lucida,  
Nobles, caritativos, generosos;  
Hay fuerza de pertrechos proveída,  
Monasterios de buenos religiosos,  
Iglesia catedral muy bien servida,  
Ministros doctos, limpios, virtuosos;  
Fue su primer pastor y su descanso  
Aquel santo varón Alonso Manso:

Varón de benditísimas costumbres,  
En las divinas tetras cabal hombre,  
Dignísimo de más excelsas cumbres,  
Merecedor de más alto renombre;  
Su nombre denotaba mansedumbres,  
Y así midió sus obras con su nombre;  
Fue de menesterosos gran abrigo;  
Porque lo conocí, se lo que digo.

Fundó Caparra pues año de nueve  
Joan Ponce de León, hombre bastante;  
Mas cuando por lo dicho la remueve,  
Serían doce años adelante;  
Y por cumplir mi pluma lo que debe,  
Diremos otros pueblos, Dios mediante,  
Que fundaron entonces los primeros,  
Aunque los menos fueron duraderos.

Después al noroeste de Guayama,  
Río que tengo ya conmemorado,  
En un sitio, que Cuanica se llama,  
Tuvieron otro pueblo fabricado:  
Bahía, pero tal que, según fama,  
Es la mejor de todo lo criado;  
Fundólo don Cristóbal do decimos,  
Que es el Sotomayor que referimos.

Mas donde manifiestan mis escritos,  
No comportó) la gente ser poblada,  
Por ser tanta la copia de mosquitos  
Que nunca se vio plaga tan pesada;  
Y así, vencido ya de tantos gritos,  
La pasó don Cristóbal al Aguada,  
Que es al oeste noroeste desta vía  
Con nombre del renombre que él tenía.

Aquí y en todas las demás distancias  
Servían indios por repartimientos;  
Había fertilísimas estancias,  
Y en ellas españoles muy contentos:  
Crecían cada día las ganancias,  
De oro caudalosos nacimientos,  
En Quiminen, Guainea y Horomicos,  
Duyey y Cabuin, ríos bien ricos.

Huye la chisme, cesa la conseja,  
Crece contento, nace regocijo,  
Sin olor ni barrunto ni semeja  
De guerra ni contienda ni letijo;  
Asegurándolos la buena vieja,  
Y el buen Agueibana su noble hijo:  
Los indios más feroces y más bravos  
Servían mucho más que los esclavos.

Gozaba, como digo, nuestra gente

De riquezas contento y alegría,  
Con el Agueibaná, varón prudente,  
Por quien toda la tierra se regia;  
Murió la madre, y él de muy doliente  
Vido también su postrimero día;  
Al heredero, pero, no le plugo  
Sufrir ni tolerar tan duro yugo.

Algunos españoles mal regidos,  
Fiando de las viejas amistades,  
Andaban por mil partes divertidos,  
En sus estancias, minas y heredades;  
Casi que para siempre despedidos,  
De cualesquier rebeldes novedades,  
Aunque días atrás, obra de un año,  
Negocio sucedió no poco extraño.

El cual aconteció por esta vía:  
Un mozo, Joan Suárez Sevillano,  
A sus solas se fue, no sé qué día,  
A casa de un señor, cruel tirano :  
Aimanio, según dicen, se decía;  
Y este mandó prender aquel cristiano  
Para jugallo, y después del juego  
Quien lo ganase lo matase luego.

Es su juego pelota saltadera,  
Grande, de cierta pasta ternecilla,  
Tantos a tantos anda la carrera  
En el batey o plaza que se trilla;  
Y las rehazas son con la cadera,  
Con hombros, con cabeza, con rodilla  
Es toda la porfía deste marte  
Que pase puesto de contraria parte.

Para la tarde dejan la batalla,  
Para que su frescor más lo despierte,  
Regocijándose la vil canalla,  
En que la joya fuese desta suerte,  
Cada cual deseando de ganalla  
Para perdella luego con la muerte,  
Y el afligido, triste, maniatado,  
A Dios encaminaba sit cuidado.

El cual trajo consigo cuando vino  
Un paje que se dio no mala maña,

Pues visto de los indios el desino,  
La revuelta, la grita, la maraña,  
Acogióse, mas no por el camino,  
Sino por el rigor de la montaña;  
A Guarionex llegó todo lloroso,  
Do estaba Salazar el animoso.

Diego de Salazar, que lo miraba,  
Como persona que lo conocía  
Luego le preguntó por que lloraba,  
Y cual era la queja que traía;  
El indio le contó lo que pasaba  
Del riesgo que su amo padecía;  
Y por echar a su valor el sello  
Luego determinó de socorrello.

"Vamos, le dice, pues, en un instante,  
Antes que el miserable mozo muera,  
Porque lo libraremos, Dios mediante."  
El indio rehusaba la camera;  
Mas con amenazallo fue delante,  
Hasta llegar a ver la gente fiera,  
Embarbascados en el ejercicio  
Para hacer el torpe sacrificio.

Encubrióse muy bien, por donde iba  
Los puestos de los juegos acechando,  
Holgándose de ver la presa viva,  
Y los que con placer andan jugando;  
Su sana de los ver es excesiva,  
Los labios con furor remordiscando,  
Diciendo: "yo prometo que si llego,  
Que mi jugar baraje vuestro juego."

Este hidalgo, que Salazar llamo,  
En socorrer dijérades que vuela,  
Presto, ligero, suelto más que gamo,  
Más vivo que la más viva candela;  
Y al indiezuelo dio para su amo  
En Guarionex espada con rodela;  
Mandándole que siempre lo siguiese,  
Cuando con más furor arremetiese.

Llegó por el lugar más escondido  
Con aquel fidelísimo vasallo,  
Salió con un furor jamás oído,



Tanto que no podré yo relatallo;  
Y hizo con sus golpes más ruido  
Que si fueran cincuenta de caballo,  
Aquí y allí saltando como onza  
Que para mayor salto se desgonza.

Donde más riesgo ve mucho más osa,  
Más bravo que la brava serpiente,  
Y en él arremetida furiosa  
Cortó las ligaduras al paciente.  
El cual, con la ayuda venturosa,  
Cobró mayores bríos de valiente;  
Aquello se le da que el mozo quiere,  
Y dícele: "haced como hiciere."

Ambos a dos comienzan a porfía  
A menear de veras las espadas,  
Dando según el caso requería  
Profundas y crueles cuchilladas.  
El golpe de la sangre que corría  
Henchía los caminos y calzadas;  
Aquí muertos veréis, allí caídos,  
Y todos de gran miedo poseídos.

Como si por la plaza de gran gente,  
Sin ser de los autores avisada,  
Soltasen algún toro de repente  
Tomándola del caso descuidada;  
Y con aquel temor incontinente  
Holgasen de la ver desocupada,  
Buscando cada cual una guarida  
Do pudiese mejor guardar su vida;

Ansí con el asalto repentino,  
Ruidos y alborotos del estruendo,  
Se vencieron de tanto desatino,  
Que parte de los indios van huyendo,  
Sin atinar a senda ni camino,  
O ya mal tropezando, mal cayendo,  
Ya sin querer torcer pecho ni cuello,  
Ya volviendo la cara para vello.

Otros también pusieron embarazos  
De flechas y macanas atrevidas;  
Destos veréis partidos en pedazos,  
Cabezas abolladas y hendidas;

Cortando pies y piernas, manos, brazos,  
Que por aquel batey iban tendidas:  
Tan grandes extrañezas se hacían

Que feroces Leones parecían.

Aimanio que se muestra más constante  
Con bravo furor y lozanía  
Al Salazar se puso por delante,  
Y semejantes cosas le decía:  
"Aquí quiero yo ver, fuerte gigante,  
Si te podrá valer tu valentía."  
Cubrióse Salazar con el escudo,  
Y apenas tan gran golpe sufrir pudo.

La macana segunda vez enhiesta,  
Y estando levantada ya la mano,  
Allegó Salazar con la respuesta,  
Que bien creo que fue de brazo sano;  
Pues para no caer nada le puesta  
Haber sido, según dicen, de llano:  
Con todos los de más quedó tendido  
No muerto, pero muy amortecido.

Los encuentros con esto se concluyen,  
A tiempo que los dos están cansados,  
Los enemigos ya se disminuyen  
Por aquellas zavas y collados;  
Ansí que, del lugar los unos huyen,  
Y los otros están como pasmados,  
Vuélvese Salazar, no por do vino,  
Sino tomó derecho su camino.

Con la gloria de triunfo merecido  
Caminan estos dos manos por mano,  
Aimanio, que también quedó tendido,  
En sí volvió cobrando seso sano;  
Y luego con clamor encarecido  
Mandó que le llamasen al cristiano;  
Caminan con presteza mensajeros  
Tras estos dos heroicos caballeros.

Los indios caminando por la vía,  
E yendo con el paso presuroso,  
Vio Salazar la gente que venía,  
Que nada lo hicieron temeroso;

Y puesta la rodela que traía  
En ella se sentaron de reposo;  
Decíale Suárez que huyera;  
El dijo: "huir no, ni Dios lo quiera.

"Otra diez tanta gente no bastara  
Para que no hiciéramos acervos,  
Demás de que sabemos a la clara  
Que son Leones estos y son ciervos;  
Son ciervos peleando cara a cara,  
Y si huís Leones son protervos:  
Bebed y descansad en esa fuente,  
Dejad a mí con ellos solamente."

Donde los dos hicieron su parada  
Llegó luego la gente que corría,  
Dieron al Salazar el embajada,  
Según les pareció que convenía;  
El, sin que rehusase la tornada,  
Luego les respondió que le placía:  
Suárez contradijo sus intentos,  
Diciéndole ser locos pensamientos.

Teniendo Salazar ningún recelo,  
Daba justificadas sus respuestas;  
El otro con tensor y desconsuelo  
Las manos a los cielos tiene puestas;  
Y las rodillas ambas en el suelo,  
I.e ruego huya cosas tan molestas,  
Sino que pues hicieron buena suerte,  
No volviesen en busca de la muerte.

El Salazar le dijo: "buen amigo,  
En aquesta sazón y coyuntura  
Yo no consentiré que vais conmigo,  
Pues que tenéis la vida ya segura:  
Yo sólo tengo de ir a lo que digo,  
Puesto que lo juzguéis a gran locura;  
Seguro podréis ir de vuestra vida,  
Pues que tenéis bien cerca la guarida."

Suárez dijo: "id donde quisierdes,  
Ya que, señor, estáis determinado,  
Que yo tengo de ir a donde fuerdes  
Sin un punto faltar de vuestro lado,  
Para morar adonde vos murierdes,

Sin aflojar jamás deste cuidado;  
Volvamos ambos donde nos atienden  
Y allí veremos bien lo que pretenden."

Al peligro que ya destas dejaban  
Ambos a dos volvieron juntamente,  
Do vieron que sin arenas esperaban  
Innumerable número de gente,  
Que todos con dolor acompañaban  
Al Aitnanio, llagado de la frente.  
El cual desdeque bajó de la ladera  
Al Salazar habló desta manera:

"Salazar, valeroso caballero,  
Tu pecho de temor todo se escombre,  
No queriendo negarme lo que quiero,  
Pues pido lo que puede dar un hombre;  
Y es que me tomes tú por compañero,  
Con el valor y gracia de tu nombre,  
Que gloria me darán armas y damas,  
Si me llamaré yo como te llamas."

Oídas semejantes niñerías,  
Respondió Salazar con rostro ledo:  
"Por conocer en ti mis valentías  
Y no morar en ti brizna de miedo,  
Mi nombre, con las más hazañas mías,  
De buena voluntad te lo concedo;  
Mas para lo tomar con mejor mano  
Sabrás que te conviene ser cristiano."

El indio destas cosas informado  
Parecióle bien y fue contento,  
Y así después de ser catequizado  
Le dieron este santo sacramento:  
Túvose de sus males por pagado  
En heredar aqueste nombramiento:  
Y los indios que Aimanio lo nombraban  
Agora Salazar apellidaban.

Volviéronse pues estos dos varones  
Do estaban sus amigos y parientes,  
Cargados de preseas y de dones,  
Y bien acompañados destas gentes:  
Gran amistad y grandes aficiones  
Mostraban sin zozobras diferentes;

Pero poco duraron en sosiego,  
Según, mediante Dios, diremos luego.

## CANTO SEGUNDO

*Donde se trata la gran rebelión de los indios boricuenses,  
y cosas que pasaron durante la guerra*

De pechos de pasión y dolor llenos  
A veces la paciencia se desvía;  
Dos bandos que de paz están ajenos  
I no suele tomar teas osadía;  
Viendo que su contrario tiene menos  
Del más que se pensaba que tenía,  
Su baja condición hace más alta  
Después que reconocen esta falta.

Sufriendo pues aquestos naturales  
No pocas sinrazones insufribles,  
Callaban por hallarse desiguales  
En armas aceradas y terribles;  
Piensan que son los nuestros inmortales,  
Y que también serían invencibles;  
Deseaban saber lo cierto desto  
Debajo de dañado presupuesto.

Quería ya pasar onceno año  
Con el millar y medio que se saca,  
Cuando por remediar su grave daño  
Hicieron indios junta muy bellaca,  
Do tomó cargo deste desengaño  
Urayoan, cacique de Yaguaca,  
Jurando no cesar con pies ni manos  
Hasta saber si mueren los cristianos.

Estando con intento tan acedo  
A sus promesas esperando lance,  
Pasó por allí Diego de Salcedo  
Sin gente que le fuesen en alcance;  
Urayoán se le mostraba ledo,  
Sin muestra ni señal del duro trance,  
Haciéndole cumplida cortesía,  
Y diole para ir gran compañía.

Partióse con los indios advertidos  
El que sin advertencia sale fuera,  
Mostráronsele todos comedidos  
Al tiempo de pasar una ribera;  
El cual por no mojarse los vestidos  
Sobre sus hombros va, que no debiera,  
Porque por ellos fue precipitado  
En lo más peligroso deste vado.

Viéndolo vacilar en ese punto,  
De más de dos o tres que esto hicieron,  
El golpe de los indios vino junto,  
Y una hora sumergido lo tuvieron,  
Hasta que conocieron ser difunto  
Y por hombre mortal lo conocieron,  
Aunque no lo tenían por tan cierto  
Que creyesen estar del todo muerto.

Y aun esperáronlo tercero día  
Por esperar al fin cuerpo ahogado,  
Hablábanle con grande cortesía  
Pidiéndole perdón de lo pasado,  
Hasta tanto que el cuerpo mal olía;  
Y cada cual quedo certificado  
Que no podía ser caso fingido  
Disimular un cuerpo corrompido.

Hecha desta manera larga prueba  
De que los españoles son mortales,  
Al vil Urayoan llegó la nueva  
De parte de los indios desleales;  
Al vil Agueibana también se lleva  
Y a los demis caciques principales;  
Convócense los grandes de la tierra,  
Para hacer de veras esta guerra.

Agueibana por ser el mis potente  
A todos los demás así convoca,  
Porque la isla toda comúnmente  
Pendía del mandato de su boca;  
Urayoán llegó muy diligente,  
Aimanio, Guarionex, Xlobodomoca,  
Con otros principales conocidos  
Que del mismo furor vienen vencidos.

Y no me espanto destos pareceres  
Ni de que sean malos sus concetos,  
Pues ven disminuidos sus placeres  
Y todos ellos andan inquietos;  
Y sus hijos y hijas y mujeres  
A servidumbre mísera sujetos,  
Pierden de libertad aquellos fueros  
Que no pueden comprarse por dineros.

Llegada pues aquesta compañía  
En un universal ayuntamiento,  
Aqueibaná, que todo lo movía  
Para perfeccionar su mal intento,  
A todos les habló lo que sentía,  
Haciéndoles un cierto parlamento  
Breve, mas por palabras bien compuestas,  
Las cuales en sustancia fueron estas:

"Si cesan los extremos de locura,  
Si quien tiene razón sin razón siente,  
Si memoria de bien antiguo dura,  
Ningún varón habrá que no lamente  
La grave sujeción y desventura  
Que todos padecemos al presente.  
¡Cuán afligidos, cuan atribulados,  
Cuán muertos, ruin corridos, cuán cansados!

"Los días y las noches padeciendo,  
Servimos estas gentes extranjeras,  
A más andar nos vamos consumiendo  
En minas y prolijas sementeras,  
Y todos ellos andan repartiendo  
Nuestros campos, zavas y riberas,  
Aquello que aquí siempre poseímos,  
Y donde nos criamos y nacimos.

"Cada cual de nosotros tiene dueño  
A quien reconozcamos obediencia,  
Y a todos cuantos males os enseño  
No hacemos alguna resistencia;  
Antes como vencidos de gran sueño  
Llevalnos estas cosas con paciencia,  
Hasta dalles las hijas y mujeres  
Para sus pasatiempos y placeres.

"A la maldad y desvergüenza suya

Como viles cobardes damos vado;  
No siento de vosotros quien concluya  
En remediar negocio tan pesado;  
Pues ¿quien hay de los hombres que no huya  
Siendo cornudo ser aporreado,  
Sino nosotros, vil y baja gente,  
Que pasamos por todo blandamente?

"Pues decid, moradores desta tierra,  
Que dormís y roncáis con pecho sano,  
¿Vosotros no sabéis qué cosa es guerra?  
¿No nacistes las armas en la mano,  
¿No soléis alentaros por la sierra  
Mejor que si corriédeses por llano?  
Pues ¿cómo falta ya quien nos acuerde  
El bien de tanto bien como se pierde?

"Los caribes con sus ferocidades,  
Que sombra nunca fue que los asombre,  
Con tantas y tan feas crueldades  
Que tiembla de decillas cualquier hombre,.  
Tienen en mucho nuestras amistades,  
Tiemblan del Boriquén y de su nombre,  
Y nosotros temblamos de doscientos  
Cojos, tullidos, mancos y hambrientos.

"Aquella vieja, mi bestial abuela,  
Y el insensato torpe de mi do  
Nos hicieron creer cierta novela  
Que siempre tuve yo por desvarío;  
Pero ya la verdad se nos revela  
Por aguas del Guarabo nuestro río,  
Que no son inmortales los cristianos,  
Y que pueden morir a nuestras manos.

"Por tanto, cada cual las haga prestas  
Y del pesado sueño se despierte,  
Echese dos carcajes a las cuevas,  
Aliste con furor el arco fuerte;  
Y sin otras demandas ni respuestas  
Mueran los enemigos mala muerte,  
Porque no puede ser mejor cauterio  
Para la llaga deste cautiverio."

Movidos desta loca confianza,  
Responden los caciques del alarde:



"Para poder tomar esta venganza,  
Conviene que ninguno más aguarde;  
Porque la dilación y la tardanza  
Tanto peor será cuanto más tarde,  
Y sean las primeras circunstancias  
Matar a cuantos hay en sus estancias."

En esto quedan todos acordados,  
Pospuestos todos miedos y temores,  
Y aun agora van determinados  
De dar sobre sus amos y señores,  
Estando todos ellos descuidados  
De semejantes riesgos y rigores;  
Que mala defensión, que mal abrigo,  
Seguridad en cas del enemigo.

No cumplía mostrarse negligentes  
Los nuestros que roncaban de dormidos.  
Por ser los boriqúenes tales gentes,  
Que pueden ser a todos preferidos:  
Membrudos, fuertes, sueltos y valientes,  
En el acometer muy atrevidos,  
Tan bravos, tan crueles inhumanos,  
Que son bien menester entrambos manos.

Pues los caciques dichos convenidos,  
Sin que cosa se huelga ni se sienta,  
Fueron a los asientos conocidos  
Al punto y a la hora que se cuenta;  
Y de los españoles divididos  
Mataron luego más de los ochenta,  
De manera que en una misma hora,  
Pagaron a sus amos la demora.

Agueibaná pagó con otro tanto  
Al amo don Cristóbal que servía,  
La cual muerte cantaron en un canto  
De cierta borrachera que hacía,  
No sin admiración ni sin espanto  
Del hermano hermosa que tenía,  
Que con el don Cristóbal se holgaba,  
Y le dio cuenta de lo que pasaba.

Durante pues el canto mal fundando  
Un mozo, que se dijo Joan González  
En entender la lengua señalado,

Queriendo perceber aquestos males,  
Desnudo según ellos y embijado,  
Metióse con los mismos naturales,  
Y pudo conocer al descubierto  
Lo dicho por la india ser muy cierto.

Procuró de salirse del aprieto,  
Rodeado de plumas y poporos,  
Y con aquel aviso de discreto,  
Ya fuera de los bailes y sus coros,  
Habló con don Cristóbal en secreto,  
Diciendo: "señor, ciertos son los toros;  
Pareceríame muy buena cosa  
Que pongamos los pies en polvorosa.

"No cumple dilación; porque yo juro  
Que el esperar será gran desatino;  
Caminemos agora con oscuro,  
Porque yo guiaré por tal camino  
Que cada cual de nos vaya seguro  
Debajo confianza de mi tino."  
El don Cristóbal dijo que se iría,  
Pero de noche no, sino de día.

Eran con don Cristóbal seis cristianos  
Que estuvieron la noche muy a pique,  
Siempre con las espadas en las manos  
Y no sin sobresalto de repique;  
Pero, claros los montes y los llanos,  
Mandó luego llamar a su cacique,  
Diciéndole: "hacemos hoy viaje,  
Danos gentes que eleven el fardaje."

El indio respondió que le placía,  
Y trajo muchos indios bien dispuestos  
Para la gran maldad que pretendía  
Instrutos, avisados y compuestos:  
Partió la desdichada compañía  
Con los tamemes malos y molestos;  
El Joan González su salida tarda,  
Casi quedándose por retaguarda.

Aquel que la traición mal la menea,  
Después que todos seis fueron partidos,  
Tomó trescientos hombres de pelea,  
En menear las arenas escogidos;

En seguimiento va de quien desea,  
Por caminos y pasos conocidos,  
Y el rey Agueibaná, mozo ligero,  
Al Joan González alcanzó primero.

Díjole: "dónde vas", y dióle luego  
En la cabeza desapercebida;  
Del golpe de la sangre quedó ciego,  
Y antes de que segundase la herida,  
Hincóse de rodillas, y con ruego  
Pide que no le prive de la vida;  
El rey dijo, sintiéndolo tan flaco:  
"Adelante, dejad este bellaco."

Dejáronlo con harta pesadumbre,  
Quebradas las narices y las muelas,  
Y a los demás les dieron certidumbre  
De su mal, pues les huellan ya las suelas  
Rostro hicieron a la muchedumbre,  
Embrazadas espadas y rodela;  
Más que verán los pocos entre tantos,  
Que no sean mortíferos espantos.

Rodean los trescientos combatientes  
El breve batallón de los cristianos;  
Necesidad los pace ser valientes,  
Bien como numantinos con romanos:  
Derríbanse narices, muelas, dientes,  
Por el suelo veréis rendidas manos,  
Es la sangre que corre de manera  
Que va tiñendo toda la ladera.

Como toros en cosos son heridos,  
Por rostros, por espaldas y por lados,  
Por todas partes son acometidos,  
Todos traen los pechos traspasados:  
Ya casi muertos, pero no vencidos,  
Ni de vender su vida descuidados  
Quisiera don Cristóbal la venganza  
Del rey Agueibaná, mas no lo alcanza.

El espada tenía ya cercana,  
Mas en ciertos bejucos estropeiza,  
Luego terrible golpe de macana  
Le hizo dos pedazos la cabeza;  
Y el resto de la gente castellana

Para postrer gemido se adereza;  
Dieron los indios, aunque gente dura,  
A sólo don Cristóbal sepultura.

Volvieron a buscar al Joan González,  
No para defensa de su partido;  
Mas él entróse luego por breñales,  
De suerte que no pudo ser habido:  
Obró Dios sus milagros y señales  
En escapar un hombre tan herido;  
Porque si la tal lengua pereciera,  
Aquesta desventura mayor fuera.

Huyendo de los ásperos escesos  
Que el rey Agueibaná con otros fragua,  
Descubiertos los cascós y los huesos,  
Y a todas horas cantidad de agua,  
Rompió por arcabucos más espesos,  
Atravesando sierras de Jacagua;  
Salió por gobernar también su proa  
A un heredamiento dicho Toa.

Hallóse quince leguas más avante  
De lo que su juicio computaba,  
Gente nuestra halló bien ignorante  
De lo que la tal lengua relataba;  
Algún ángel llevaba por delante,  
Que por tal buen camino lo guiaba;  
Tuvo quien lo curó tan buena mano  
Que desde a pocos meses quedó sano.

Encendida la fuerza deste fuego  
Por los modos que tengo repartidos,  
Agueibaná, sin recibir sosiego,  
Juntó diez mil gandules escogidos:  
Y al indio Guarionex le mandó luego  
Que los lleve por bosques escondidos  
A dar en aquel pueblo de la Aguada  
Y a fuego y sangre dél no deje nada.

Todos fueron muy bien apercebidos  
Y confiados de su vencimiento;  
Los nuestros descuidados y dormidos,  
Que podrían ser todos hasta ciento,  
En los dos dichos pueblos repartidos,  
Y ajenos del rebelde movimiento,

Salvo Caparra, do por Joan González  
Joan Ponce supo todos estos males.

No pudo Joan González lo que quiso,  
Ni los que con él juntas han llegado,  
Pues por ser el negocio de improviso,  
Joan Ponce pudo ser el avisado;  
Y ninguno le pudo dar aviso  
A Sotomayor, pueblo descuidado,  
El cual Aguada es pos otro nombre,  
A quien dio don Cristóbal su renombre.

Había pues en estos dos lugares,  
Al tiempo destas vueltas y marañas,  
Varones pocos pero singulares,  
Que hicieron proezas y hazañas,  
Mayores que los fuertes doce pares;  
Y aun se pueden tener por más estrañas,  
Pues no se ponen en aquestos cuentos  
Fábulas, ni ficiones, ni comentarios.

Estaba Salazar en esta villa  
En fuerzas y en esfuerzo señalado,  
Sin que faltase punto ni hebilla  
Para barón heroico y esforzado:  
Gran siervo de la Virgen sin mancilla,  
Urbano, comedido, bien criado,  
Hubo también aquí Miguel de Toro,  
Que fue de las victorias gran decoro.

En tierra firme y en sus asperezas  
Mostróse con Hojeda gran guerrero,  
Y así, por sus hazañas y proezas  
El santo rey lo hizo caballero;  
Joan López Adalid, cuyas destrezas  
No merecen aquí lugar postrero,  
Porque sus tinos son atrevimientos  
No se podrán decir en breves tiempos.

Añasco, cuya fuerza nada mansa  
Al escuadrón desprecia más armada;  
Un Sebastián Alonso, que no cansa  
Rompiendo lo que está más reparado;  
Y aquel fuerte varón, Luis Almansa,  
Francisco Barrio-Nuevo, Joan Casado,  
Y aquel de color loro, Joan Mejía,

Cuyo loor no halla demasía.

Y un hombre de Alanís, natural mío,  
Del fuerte Boriquén, pesada peste,  
Dicho Joan de León, con cuyo brío  
Aquí cobró valor cristiana hueste,  
Trájonos a las Indias un navío,  
A mí y a Baltasar un hijo deste,  
Que hizo cosas dignas de memoria,  
Que el buen Oviedo pone por historia.

Pero López de Angulo, cuya lanza  
Hizo por escuadrón ancho camino,  
Sin espantallo la mayor pujanza  
De batalla ni salto repentino,  
Donde no tuvo menos alabanza  
Martín de Guiluz, noble vizcaíno,  
Fortísima, ligero y animoso,  
Y en los trances de guerra venturoso.

También Joan Gil, que siendo mozo tierno  
Todos sus hechos fueron soberanos,  
Tantos, que tuvo destos el gobierno  
Dotado ya de días más ancianos:  
Fue gran terror y espanto sempiterno  
De todos los caribes comarcanos,  
Hasta metellos en su propia tierra,  
Y a su costa hacelles cruda guerra.

En aquesta sazón y coyuntura,  
Otros valerosísimos soldados,  
Que no sabré poner por escritura,  
Estaban en los pueblos señalados:  
Do va Guarionex con gran soltura  
Con los indios que dije bien armados;  
Y porque fue reencuentro bien reñido,  
Después os contaré lo sucedido.

### CANTO TERCERO

*Donde se cuenta cómo llegó Guarionex al pueblo dicho Montemayor  
sin ser sentido, y lo que más sucedió*

Pocas veces se goza de despojo  
De fuertes enemigos advertidos,  
Cuando contrarias gentes ven al ojo  
Y no llagan por pasos escondidos;  
Mas causan perdición y gran enojo,  
Si llegan sin que puedan ser sentidos,  
Porque cualquiera asalto repentino  
Es causa de muy grave desatino.

Pues para lo que agora se procura  
Está Sotomayor muy ensotado,  
Entonces por ser poca la cultura,  
De todas partes no bien escombrado;  
Ante montañas, selvas, espesuras,  
Lo suelen asombrar por cada lado;  
Y aquesto dio lugar a que viniese  
El indio sin que nadie lo sintiese.

Verdad es que, según hemos oído,  
A hombre que salió desta campaña,  
Un indiecito niño, dicen, vido  
Indios armados ir por la montaña;  
Pero su dicho nunca fue creído,  
Y todos lo tuvieron por patraña,  
Y así durmieron todos descuidados,  
El cual descuido fue por sus pecados.

El acechado pueblo ven seguro,  
Donde cualquier espía se convierte,  
Sin defensa de vela ni de muro,  
Ni casa que se pueda decir fuerte;  
Esperaron al tiempo más oscuro  
Para mejor poder pacer la suerte,  
En partes repartidos allí junto,  
Y macanas y flechas muy a punto.

Seis horas antes fue de la mañana,  
Cuando Morfeo más se detenía  
En regalar la vista castellana  
Con una soñolienta melodía;  
E ya la clara lumbre de Diana  
Sus doradas mejillas encubría,  
Cuando la gente del protervo bando  
El descuidado pueblo va cercando.

En partes se reparten con sosiego,

Sin alboroto, grita ni ruido,  
A las pajizas casas ponen fuego,  
El cual con gran furor es encendido;  
Aqueste daño hecho, suena luego  
Una terrible grita y alarido;  
Los gritos fueron tales y tan altos,  
Que causaron pesados sobresaltos.

Despertaron aquí los que dormían,  
De tales novedades alterados;  
Las llamas a huir los compelían,  
Huyendo se hallaban más turbados:  
Flechas, humos, calores, impedían  
Las espaldas, los rostros y los lados;  
Las lumbres descubrían los engaños;  
Mas eran causa de mayores daños.

Ansí como por campos rodeados,  
En la caza, por muchos ordenada,  
Que do quiera que huyen los venados,  
Hallan lebreles puestos en parada,  
Y son de todas partes acosados,  
Sin que puerta le den desocupada,  
Aquí los muerden perros, allí gritan,  
Aquí caen, allí se precipitan;

Ansí do cualquiera dellos se convierte,  
Hay rodeo de gentes inhumanas,  
Hay lazos, hay camino de la muerte,  
Hay dardos, arcos, flechas y macanas,  
Hay herida mortal, hay golpe fuerte,  
Hay para todo mal crueles ganas,  
Hay heridos aquí, y allí caídos,  
Aquí lamentación y allí gemidos.

En esta confusión y batería  
Cada cual Salazar apellidaba,  
El cual de mal de bubas no dormía,  
Y entonces con gran sueño reposaba.  
Al fin lo despertó la vocería.  
Saltando de la cama donde estaba,  
No may sobresaltado ni desnudo,  
Sino con el espada y el escudo.

El toro madrigado sale fuera  
Encendido de ganas o furores;



Bien pueden hacer alta la barrera  
Los más sueltos y fuertes lidiadores;  
Porque él hará bien ancha la carrera,  
Do viere los peligros ser mayores;  
Recogió cojos, mancos y tullidos  
De las posibles armas proveídos.

Con una nunca vista ligereza  
Escuadrones contrarios resistía,  
Grandes fuerzas sacó de su flaqueza,  
Animo, corazón y valentía:  
Por el mayor aprieto y aspereza  
De los más atrevidos se metía,  
Diciendo do más ímpetu sostiene:  
"Salazar, Salazar es el que viene."

Con obras, con palabras y con fieros,  
Hacia de victoria confianza;  
Sus golpes son tan llenos, tan enteros,  
Que no puede vivir quien él alcanza;  
No se vido León entre corderos  
Hacer tan crudelísima matanza,  
Y no con menos bravo continente,  
Peleaba también su flaca gente.

Al palo va venciendo nuestro hierro,  
A las macanas duras el cuchillo;  
Ayudaba también un cierto perro,  
Llamado según dicen Becerrillo,  
El cual traía ya todo su cerro  
No menos Colorado que amarillo;  
Del cual perro nos han contado cosas  
Que se pueden tener por espantosas.

Viendo pues Guarionex su menoscabo,  
Al Salazar dirige su corrida,  
Haciendo con los indios del Guayabo  
Una más que cruel arremetida:  
Resiste Salazar, y al cabo, al cabo  
A todos los compelen a huida,  
Dejando por el pueblo y a su puerta  
Alguna cantidad de gente muerta.

Aquestos enemigos ya vencidos,  
Escusos y apartados de sus puertos,  
Curaron los que estaban mal heridos,

Y dieron sepulturas a sus muertos;  
Procuraron de ser más proveídos,  
Huyendo de pasados desconciertos,  
Conoció no ser parte los que cuento  
Para permanecer en tal asiento.

Y así con ardides de prudente  
Viendo tos pocos hombres que quedaban,  
Uno herido y otro mal doliente,  
Y riesgos que los mal amenazaban,  
Determinó llevar aquesta gente  
A Caparra do los demiás estaban:  
Parecer y balance de discreto,  
El cual luego pusieron en efecto.

Desásense de aqueste flaco gonçe,  
Y el campo se partió con mal arreo,  
No con tiros de hierro ni de bronce,  
Pues con espadas hacen el ojeo;  
Si deseaban verse con Joan Ponce,  
Joan Ponce tiene muy mayor deseo,  
El cual se congojaba con sospecha  
De la destrucción que estaba hecha.

Su gente dividir no convenía  
Por ser poca y el tiempo peligroso,  
Y estando con penosa fantasía  
Por saber de los otros congojoso,  
Allegó con la gente que traía,  
Diego de Salazar el animoso:  
Los amigos difuntos lamentaron,  
Y pocos con los pocos se holgaron.

Estando pues así toda la tierra,  
Viendo tan peligrosa rebeldía,  
De ocios y sosiego se destierra  
Joan Ponce de León como solía,  
Tornando con los suyos a la guerra  
Con la poquita gente que tenía,  
En el número poca y aun doliente,  
Pero maravillosa y escelente.

Nunca se vio vigor ni tales mañas  
En tan breves escuadras y cuadrillas:  
Sus vencimientos son cosas estrañas,  
Grandes y nunca vistas maravillas;

Y tan heroicos hechos y hazañas,  
Que soy muy poco ya para decillas;  
Porque, vencer ejércitos tan agros  
Tan pocos, son misterios y milagros.

Al fin el Boriquén está pujante,  
Dispuesto para toda competencia;  
El español con ánimo bastante  
Para vencer aquesta resistencia;  
Réstanos que pasemos adelante  
A lo que sucedió de la pendencia  
Entre los infieles y cristianos,  
Después que ya vinieron a las manos.

Teniendo juncos pues los que ya digo,  
Que ciento y veinte son cuantos alcanza,  
Porque no se pasase sin castigo  
Una cosa tan digna de venganza;  
Determinó buscar al enemigo  
Que estaba con grandísima pujanza,  
Y para gobernar sus pocas gentes  
Nombró cuatro caudillos escelentes:

Añasco, Salazar, Miguel de Toro,  
Almansa, cada cual esclarecido;  
Sustancia de la guerra y el decoro  
De lo que puede ser encarecido;  
Pues según rosicler sobre buen oro,  
Lo fueron del ejército florido;  
Entre estos cuatro generosos Martes,  
Partió sus gentes por iguales partes.

Salazar capitán era de cojos,  
Que él mismo por tal nombre se mostraba,  
Enfermos, desbarbados, mas no flojos,  
Sino gente que todo lo talaba;  
Y así hicieron hechos ortodojos,  
Según necesidad les enseñaba:  
Ciervos para huir algún mal trance,  
Y perros para ir en el alcance.

Estando todos bien aderezados  
Para lo llano, sierra y arcabuco,  
Fueron de ciertas indias informados  
Que tomó Salazar en un conuco,  
Estar copia de indios congregados

A la boca del río Coayuco,  
Flechas, inmensas armas, atambores,  
Y de caribes muchos valedores.

La era del Señor es estendida  
A tres quinientos y once desta cuenta,  
Cuando la hueste destos recogida  
Estaba donde ya se representa;  
Serían once mil en la partida,  
Toda gente cruel, sanguinolenta,  
Fornida de mortíferos pertrechos,  
Y dispuestos a más crüeles hechos.

Estos y muchos otros repartidos  
Al Agueibaná sirven y respetan,  
Los nuestros destas cosas advertidos,  
Muchas cosas consultan y decretan;  
Y fueron en efeto resumidos  
Acometelles antes que acometan,  
Teniendo la presteza por segura,  
Por consistir en ella su ventura.

Anda solicitud a todas velas,  
Alístanse los fuertes morriones,  
Preparan las espadas y rodelas,  
Ligeros coseletes de algodones;  
Los alpargates eran las espuelas,  
Que no van en caballos ni trotones;  
Guían la gente grandes adalides,  
Diestrísimos en mañas y en ardides,

Aderezados pues desta manera,  
Caminan por montañas sin camino;  
Con gran silencio pasan la carrera  
Para buscar al bárbaro vecino;  
Vinieron a salir a la frontera,  
Sin faltar a Joan López su buen tino,  
Atalayaron los que son espertos  
Estando con los árboles cubiertos.

Esperaron la noche venidera  
En táticos lugares recogidos,  
Según común costumbre de la fiera,  
Prestos los pies y atentos los oídos;  
Agueibamá hacía borrachera  
A los que en su favor eran venidos;

Cantores en aquellos cantos diestros  
Cantaban ya la muerte de los nuestros.

En despidiéndose rayos febles,  
Y el nubló de la noche derramado,  
Al tiempo que descansan los mortales  
Vencidos del dulzor acostumbrado,  
Salió de entre los suyos Joan González,  
Desnudo según indio y embijado  
Con arco fuerte, flechas y carcajes  
Y la cabeza llena de plumajes.

Llegó con el recato que convino,  
Pasando por gran parte de la junta,  
A la cual ocupó tal desatino  
Que quien lo vido nada le pregunta;  
Antes con nublos del bebido vino  
Ser indio de los suyos se barrunta;  
Después que vio roncar toda la gente,  
Volvióse con gracioso continente.

Y sin cubrir la desnudez que tiene,  
Según necesidad de tal acecho,  
Dijo: "todos están como conviene,  
Pues duermen como libres deste hecho."  
Joan Ponce de León no se detiene  
En ordenar los suyos a provecho,  
Tocando con los labios los oídos  
Para que no pudiesen ser sentidos.

Partió luego con todos sus soldados,  
Por escuadras y puestos repartidos,  
Pies seguros, quietos, sosegados,  
En el acometer bien advertidos;  
Entraron por lugares señalados;  
Aquí y allí, y allá suenan ruidos  
Causando pies ligeros, manos sueltas  
Mil gritas, mil marañas y revueltas.

Lobos entran aquí por los rebaños,  
Por acullá Leones los aquejan,  
Por todas partes hay crecidos daños,  
Armas tomar aquí y allí las dejan;  
No pueden atinar a los engaños,  
Por aquí dicen ay, allí se quejan,  
Aquí dan cuchilladas, allí hieren,

Por esta parte matan, y allí mueren.

No hay muerte que con muerte no segunden  
Caen gallardos mozos, caen canas,  
Boriquen y caribe se confunden,  
Suenan montes, collados y zavanas  
Con gritos y clamores que se hunden.  
Huellan por arcos, flechas y macanas;  
Si huyen por aquí, por allí picas,  
Aquí dan tropezón, allí trompican.

Corno nave siguiendo su carrera  
Es de veloces llamas encendida,  
Que el miserable nauta donde quiera  
Halla su perdición y su caída,  
En fuego si no quiere salir fuera.  
En agua si salió perdió la vida:  
Arriba pena, confusión, presura,  
Y abajo muerte, mal y desventura.

Ansí con estas mismas confusiones,  
Si deste punto huyen de mal arte,  
Daban en más terribles turbaciones;  
Si por aquí los hiere duro Marte,  
Por acullá crüeles escuadrones;  
Muerte, fuerza, terror de cada parte,  
Sangre, terror, dolor, tristes gemidos,  
Montón grande de muertos y caídos .

Ardiendo va la furia que no cesa,  
Las manos y los pies andan espertos,  
Cumpliendo cada cual con su promesa  
En ocupar lugares descubiertos;  
Finalmente, les dieron tanta priesa  
Que se quedaron solos con los muertos;  
El español brioso, poco manso,  
Más bien necesitado de descanso.

Muertos los que de cuervos fueron cebo,  
Tuvieron todos vigilante vela,  
Sin escusarse viejo ni mancebo  
De dejar el espada ni rodela;  
Hasta tanto que ya la luz de Febo  
Con sus dorados rayos los consuela:  
Comieron; pero yo por estar harto,  
Remito mi manjar al canto cuarto.

## CANTO CUARTO

*Donde se cuentan otras victorias que los españoles tuvieron en pacificación  
de dicho Boriquén*

Estremos grandes son de cobardía  
Temer y recelar en esta vida  
El peligro que por ninguna vía  
Tiene desaguadero ni salida;  
Rebate grandes riesgos osadía,  
Buen ánimo restaura su caída,  
El brío y el valor del varón fuerte  
Suele hacer de mala buena suerte.

Esto mostró muy bien según os nuestro  
Joan Ponce con valor jamás oído,  
Pues no supo temer hado siniestro  
Al tiempo que se vido más caído;  
Antes como diestrísimo maestro  
No quiso conocerse por vencido,  
Osó volver la rueda mal segura,  
Y dióle buen suceso su ventura.

Porque todos los indios congregados,  
Y los que por la isla más había  
Quedaron desta vez tan hostigados  
Que no mostraban tanta lozanía;  
Puesto caso que no tan desmayados  
Que no piensen volver a la porfía,  
Mayormente la gente más remota,  
Que nunca se hallaron en la rota.

Destos el uno fue Mabodomoca,  
Que estaba con seiscientos compañeros  
Vaciándose muy largo de la boca  
En confianza destos sus guerreros;  
Juntamente con él la gente loca  
Hacia mil desgarró y mil fieros,  
Burlándose del mísero paciente  
Por dejarse vencer de nuestra gente.

Destos los capitanes más ufanos

Consultaban sus falsos adivinos,  
Hiriendo de los pies y de las manos,  
Peor que con espíritus malinos,  
Diciendo: "vengan, vengan los cristianos,  
Que aquí les barreremos los caminos,  
Y venga Salazar con su cuadrilla,  
Verá cómo le va con la rencilla."

Todas aquellas cosas que hablaban  
Con aquellas robustas confianzas,  
Supieron los cristianos donde estaban  
Haciendo sus castigos y venganzas;  
Informados de indios que tomaban  
Por sendas o caminos de labranzas,  
Y riendo decían: "compañeros,  
A Salazar, a vos os hacen fieros."

Respondió Salazar con gran paciencia:  
"Yo pues iré de muy entera gana,  
Si nuestro general diere licencia  
Para que nos partamos de mañana;  
Porque será gran cargo de conciencia  
No ver qué quiere gente tan lozana;  
Y si menester es que más lo ruegue  
Con gran instancia pido no la niegue."

Luego Joan Ponce de León ordena  
Que vaya con la gente que allí tiene,  
Diciendo: señor, id norabuena  
Como quien sabe bien lo que conviene;  
Llegando, si pudierdes, sobre cena  
Proveyendo de música que suene,  
Pues el entrada menos peligrosa  
Es cuando la comida se reposa."

Respondió Salazar: "hora segura  
Es ésa, según claro se nos muestra;  
Mas el tiempo, sazón y coyuntura  
Es para tales cosas gran maestra;  
Vamos cubiertos por la espesura,  
Guíe Joan de León con mano diestra,  
Para que como viéremos hagamos  
Después que juntos dellos nos pongamos."

El fuerte Salazar tocó su cuerno  
Llamando los que están apercebidos;



Recogió los que son de su gobierno,  
Mozuelos, medios mancos y tullidos;  
Pero como demonios del infierno  
En ser fuertes, osados y atrevidos,  
De Caparra salieron y sus puertos  
Por ásperas montañas encubiertos.

En confianza del favor divino  
De partes descubiertas se desvían,  
Sin rastro ni pisada de camino  
Por el Joan de León todos se guían:  
El adalid guió con tan buen tino,  
Que pudieron salir donde querían;  
Luego pasaron e hicieron alto  
Para poder sin riesgo dar asalto.

En un árbol pusieron atalaya,  
Desde donde mirando muy atento  
Descubrió muchos indios por la playa,  
Y dio la relación con gran contento;  
El más flaco varón menos desmaya,  
Antes cobró brioso movimiento,  
Porque para medrar vían al ojo  
Donde poder tomar alguno despojo.

Entraron todos ellos en consulta,  
El mozo desbarbado y el de calva  
Dieron sus pareceres y resulta  
Que para se hacer mejor la salva,  
Por la parte mejor y más oculta  
En la gente crüel diesen al alba,  
Y así velaron todos con cuidado  
Hasta llegar el tiempo señalado.

La luz esclarecida de Diana  
Sus dorados cabellos recogía,  
Y Venus anunciaba la mañana  
Que por pasos contados se venía,  
Cuando la poca gente castellana  
Sobresaltó la dura compañía:  
Con pies ligeros y veloz espada  
Por dos partes ocupan la manada.

Comienzan los mortíferos conciertos  
Y golpes de clemencia despedidos,  
Huían por los montes los despiertos,

Despiertan los que estaban más dormidos:  
Aquí veréis caídos, allí muertos  
Por todas partes quejas y gemidos;  
Revolvió sobre sí Mabodomoca,  
Y a su justa defensa los provoca.

Acuden los gaudules esforzados  
Según a bravos toros los alanos,  
Danse terribles golpes y pesados  
Encuentros y rencuentos inhumanos;  
De tal suerte que ya nuestros soldados  
Habían menester entrambos manos;  
Mas en aquellas gritas y rencillas  
El Salazar hacía maravillas.

Joan León también, singular hombre,  
Andaba por aquellos escuadrones  
Conformando las obras con su nombre,  
Ambos a dos fortísimos Leones;  
Haciendo los demás ganar renombre,  
En estas belicosas turbaciones,  
Ensangrentados cuerpos y paveses  
De los terribles golpes y reveses.

Cuando la luz de Febo se presenta  
Por las cumbres de montes ensalzados  
Tenían muertos ya ciento y cincuenta  
De los indios que son más señalados;  
Viendo los otros burla tan sangrienta,  
A volver las espaldas son forzados,  
Los nuestros, por hallar alguno buen lance,  
A gran prisa seguían el alcance.

Aquel Joan de León un indio destes  
Acaso vio huir por cierta vía,  
Dispuesto más que todos los dispuestos  
En miembros, gentileza y gallardía;  
El indio con dañados presupuestos  
Fingió que del León se retraía;  
Cebábase León por sus provechos.  
Viendo que lleva joyas en los pechos.

Por no perder aquella buena presa,  
Con osadía más que de valiente,  
Tras de la caza va por la dehesa  
Sin que lo viese nadie de su gente;

El indio como vio puesta la mesa  
Acudió contra el incontinente,  
Diciéndole: "repara, porque veas  
Quién merece mejor estas preseas."

Cada cual de los dos iba lozano  
Y al singular certamen no sin gana,  
El indio con sus dardos en la mano  
Y con poderosísima macana;  
León consideró con seso sano  
Que cumplía hacer rodela sana;  
El dispuesto gandul se llegó junto  
Al español que no le pierde punto.

El indio con las más fuerzas que pudo  
Despide de las manos en un dardo,  
Pasó toda la tabla del escudo  
Sin bastalle dureza ni resguardo,  
Y entró hasta parar en cierto pudo  
Del sayo de algodón y duro fardo;  
Y a no ser la herida tan al sesgo  
Joan de León corría harto riesgo.

El cual procuró luego de alcanzallo  
Y dalle golpe lleno con el hierro;  
Mas él huía como buen caballo,  
Acometiendo bravo como perro;  
Y cuando más pesaba de cansallo,  
Tanto mejor subiera por un cerro,  
Antes el español, como cargado  
De más armas, andaba más cansado.

Libró los otros dos dardos galanos.  
Apuntando con ellos más al viso.  
Impetuosos ambos, pero vanos  
Por esperallos con mejor aviso;  
Vense los combatientes ya cercanos  
Por querer uno lo que el otro quiso.  
El espada procura lo que resta,  
Y el indio la macana tiene presta.

El cual en este caso más agudo,  
A causa de ser menos impedido,  
Tal golpe dio por cima del escudo,  
Que casi lo privó de su sentido;  
Mas esforzóse todo cuanto pudo,

Y apechugó con él amodorrado,  
Pensando barrenallo por debajo;  
Mas el indio con salto se retrajo.

Estando cada cual con el desino  
De poder sujetar contrario Marte,  
Un español llegó por el camino,  
Y un bárbaro también por otra parte;  
El español al español se vino,  
El indio por el indio se reparte;  
Y como no lo tiene de costumbre,  
León recibió grande pesadumbre.

Pues viéndolo venir desta manera,  
Dijo desde el lugar donde se Italia,  
"Pesar de mí, señor, teneos afuera,  
Mirando desde lejos la batalla;  
Que no soy yo gallina ponedera,  
Ni me espantan cien mil desta canalla;"  
Cubrióse del escudo con coraje,  
Y arremetió de veras al salvaje.

Descargó la macana levantada  
El indio por matar nuestro cristiano,  
Corren por ella filos del espada  
Cortándole los dedos de la mano;  
La rodela quedó bien quebrantada,  
Y el dueño quedo del todo sano;  
Mas, como ya con brazos hacen guerra,  
La daga muerto dio con él en tierra.

Grandísimo pesar tomó de vello  
El bárbaro segundo que venía,  
Que quisiera llegar a socorrello,  
Mas aquel español lo defendía;  
Por lo cual anduvieron al cabello,  
Puesto que no con tanta valentía;  
Pues el otro quitado de por medio  
Huir le pareció mejor remedio.

Los trances rigurosos acabados  
Y el un indio huido y otro muerto,  
Vinieron los dichos dos soldados  
A los demás que estaban en el Puerto,  
Adonde los hallaron congregados;  
Y puestos en buen Orden y concierto,

Trató León de sus inconvenientes,  
No sin admiración de los oyentes.

Mas no poquitas veces ponen miedo  
A gentes valerosas españolas  
La fuerza, la soltura y el denuedo  
Que tienen muchos indios a sus solas;  
Que como valerosas a pie quedo  
Ganan victoriosas laureolas,  
Heles visto hacer hechos extraños,  
Y en nuestra gente no pequeños daños.

Y en tierra de Cubagua, que no callo  
Por ser de los guerreros la princesa,  
A hombres en la guerra hecho callo  
Ya vimos en llanísima dehesa,  
Siete indios a siete de caballo  
Quitalles los despojos y la presa,  
Con otra cosa no de menos fama  
En un río que Guárico se llama.

Esto fue que Fernando de Baeza  
Un indio vio que le mostró las suelas,  
Y para lo coger en poca pieza  
Al caballo hirió de las espuelas;  
A él ligeros pasos endereza,  
Pensando de traello con pihuelas;  
El indio como ya lo vio cercano  
No rehusó parar en lo más llano.

El cual con valeroso continente,  
Macana con dos manos esgrimiendo,  
Se defendía valerosamente,  
La lanza y el caballo rebatiendo;  
El español de vello tan valiente,  
Los labios con despecho remordiendo;  
Arremetió con vana confianza,  
Pensando de llevarlo con la lanza.

Bien pensaba matallo de camino  
Y quedalle también el brazo sano;  
Pero contrariamente les avino,  
Pues el indio con ánimo romano  
Dio de través un salto peregrino,  
Y quitóle la lanza de la mano,  
El cual después de hecha tal ofensa

Con la lanza hacía su defensa.

Pues como ya la lanza le faltase,  
Y al indio vio también quedar intato,  
Esperando la gente que llegase  
Estúvose suspenso por un rato,  
Temiendo que el caballo le matase  
Por no valer entonces tan barato.  
Como vernos al tiempo que esto cuento,  
Que lo que uno valía cuestan ciento.

Hernando de Baeza pues estanca  
Por la causa que tengo declarada,  
Esperando que llegase gente blanca  
De los comilitones del armada;  
Allegó luego Joan de Salamanca  
Con Francisco Martín de la Bogada,  
Y otros dos de caballo, buenos hombres,  
Que ya no me recuerdo de sus nombres.

Llegados estos cuatro por la vía  
Donde el dicho Baeza reparaba,  
Vieron el indio que se defendía  
Con aspecto feroz y furia brava;  
Y como con lozana gallardía  
La lanza por el cuento blandeaba,  
Cada cual dellos a decir comienza:  
¡Qué grande poquedad y qué vergüenza!

Mas cada cual guardaba su caballo  
Al riesgo no queriendo ser anejos,  
Y así, con intención de lanceallo,  
Tiráronle las lanzas desde lejos;  
No pudieron herillo ni matallo,  
Quedándose confusos y perplejos;  
Así que de las lanzas rebatidas  
Tenía todas cinco recogidas.

Estando todos no sabiendo cómo  
Sacar las lanzas del gandul guardoso,  
Allegó por allí Luis Perdomo,  
Soldado diestro, suelto y animoso,  
Hombre para la guerra de gran tomo,  
Y en lances semejantes venturoso,  
Natural de las islas de Canaria,  
Y de los antiquísimos de Paria,

El cual en gran manera se reía;  
Y no sin confusión destes cristianos,  
Se bajó del caballo que traía,  
La lanza mal asida con las manos,  
Porque de manco ya no las tenía,  
A lo menos en ellas dedos sanos:  
Desta manera pues se fue llegando  
Su vida y la del indio reguardando.

Afirmóse también de su postura  
El indio sin recelo del combate,  
Tirándole dos botes con soltura,  
Que luego Luis Perdomo le rebate,  
Y entró con él en esta coyuntura,  
1No queriendo matar ni que lo mate,  
Y así vinieron ambos a la lucha,  
De cada parte no sin fuerza mucha.

Cada cual dellos juega falsa treta,  
Pues barren los hocicos la ceniza,  
El vestido las manos mal aprieta,  
El que no tiene ropa se desliza;  
Mas al fin el vestido lo sujeta,  
Y a puno y bofetón lo martiriza;  
Sirvióle después bien este captivo  
El tiempo que en el mundo duró vivo.

En otros muchos lances no reparo,  
Aunque por cierto yo vi grandes cosas,  
Que podrán admirar si las declaro,  
Y me diere Dios horas espaciosas;  
Mas quiérome volver a Zalazaro,  
Pues vuelve con sus gentes victoriosas,  
Heridos hasta don o tres soldados,  
Y todos ellos bien aprovechados.

Regocijados todos desta gloria  
Por pasos de caminos conocidos,  
Llegaron a la villa ya notoria,  
Donde con honra fueron recebidos,  
Congratulándose de la victoria  
Que ganaron los cojos y tullidos,  
Con otras muchas más que, Dios mediante,  
Podrán ver los lectores adelante.

## CANTO QUINTO

*Donde se cuenta la pacificación de toda la isla y la postrera batalla donde todos los indios estaban juntos con grandes valedores de caribes*

El que padece penas y dolores,  
Ajeno del descanso que tenía,  
Forzado de sus mismos sinsabores  
Suele perder temor y cobardía;  
Y así no pocas veces los temores  
Engendran y producen osadía,  
Porque por remediar vieja querella  
Procuran de bebella o de vertella.

Movidos deste mal los boriquenes,  
Viéndose perseguir por tantos modos,  
Perdidas sus haciendas y sus bienes,  
Quisiéronse meter hasta los codos,  
Asegurándose destos vaivenes,  
O de una sola vez perderse todos,  
Queriendo más morir por sus defensas  
Que ver y padecer tantas ofensas.

Para valerse pues contra los males  
De la guerra que tanto les apoca,  
Hizo junta de indios naturales,  
Aqueibaná que todos los provoca;  
Llegáronse señores principales:  
Aimanio, Guarionex, Mobodomoca,  
Y demás destas gentes en que estriba  
Crecida cantidad de la cariba.

Formaron una hueste poderosa  
Con que cubrían campos y zavas,  
Arreados de yerba ponzoñosa,  
Usada destas gentes inhumanas;  
Jamás se vido semejante cosa  
De dardos, arcos, flechas y macanas,  
Tan grande munición, tantos carcajes,  
Tantas diversidades de plumajes.

En las guerras espertos y avisados  
Serían quince mil los dente cuento,



Y todos por los trances ya contados  
Faltos de temeroso sufrimiento;  
Hizo de los caribes más nombrados  
El rey Agueibaná su llamamiento,  
Y así como llegó la gente fiera  
A todos le haló desta manera:

"El bueno que procura valedores  
Para se defender de malas gentes,  
Debe tener en mucho los favores  
De sus vecinos, deudos y parientes;  
Y en más se preciaran cuanto mayores  
Y a su necesidad más convinientes;  
Que la falta con tiempo socorrida  
Conviene ser muy más agradecida.

"Considerando pues cuán a lo largo  
Corre mi trabajosa desventura,  
Habéisme puesto todos en gran cargo  
Con amistad de fuerte ligadura,  
Por socorrer en tiempo tan amargo  
Y en tan necesitada coyuntura,  
Que si nos falleciere y es ninguna,  
No se puede tener otra fortuna.

"Y pues que vuestros bravos movimientos  
Son perpetuo terror de los humanos,  
Tanto que dellos son vuestros sustentos  
Y los manjares más cotidianos;  
Deseo que varones tan sangrientos  
No se nos escapen de las manos,  
Para que desta vez se mate fuego  
Que nos causa mortal desasosiego.

"Porque si desta vez no se destierra  
Esta plaga y aquesta desventura,  
También ha de correr por vuestra tierra,  
Sin que podáis tener hora segura;  
No tiene de faltaros cruda guerra,  
Infame sujeción y cárcel dura,  
Porque para hartar su hambre loca  
Lo más se les antoja cosa poca.

"Los ejemplos tenemos en las manos,  
Con pérdida de nuestras vecindades;  
Pues, desde los haytíes fueron llanos,

Con nunca jamás vistas crüeldades  
Pasaron, come veis, a los cercanos,  
Do so color de buenas amistades,  
Privan a todos de las dulces prendas,  
De hijos y mujeres y haciendas.

"Si desta suerte ya quedan los otras,  
Sujeto y acabado nuestro bando,  
Es claro que ninguno de vosotros  
Podríades quedaros alabando;  
Sino que victoriosos de nosotros  
Os seguirá furor no menos blando,  
Y aun a los de costumbres más oscenas  
Acaso punirán con las setenas.

"Ansí que, para vernos redimidos  
De tantas afliciones y cuidados,  
Querría que si fuisteis atrevidos,  
Seáis más atrevidos y esforzados;  
Los contrarios son pocos y tullidos,  
Aunque valientes y determinados;  
Pero poco valdrá su pesadumbre  
Contra tan infinita muchedumbre."

Las gentes inhumanas y crüeles,  
Oída la razón de tantas penas,  
Respondieron allí por sus cuarteles  
Palabras de temores bien ajenas,  
Con furia de grandísimos lebreles  
Que por morder remuerden las cadenas,  
Encendidos de pestilente gana  
De ya poder beber sangre cristiana.

La gente castellana, que velaba,  
Según que tal peligro requería,  
Ninguna cosa destas ignoraba  
Por indios que tomaba cada día;  
Y por sus pocas fuerzas recelaba  
junta de tan proterva compañía;  
Pero con recelallos y temellos  
Determinaron ir en busca dellos.

Y no sin afliciones y cuidados  
Que suelen agravar esta balanza,  
Llama Joan Ponce todos sus soldados,  
Dignísimos por cierto de alabanza;

Y estando todos ellos congregados,  
Sin muestra de temor y destemplanza,  
Como varón en todo suficiente,  
Me dicen que les dijo lo siguiente:

"No creo que ternéis por villanía  
Decille que defienda su partido  
A quien con tan suprema valentía  
Me consta bien habello defendido;  
Pues puede redundar en culpa mía  
No ser en este case proveído,  
Para que a valor tan infinito  
Ayudemos siquiera con un grito.

"Porque así como sobra de razones  
Engendra confusión en los oyentes,  
Ansí do quier que faltan prevenciones  
Suelen nacer cien mil inconvenientes,  
Que paren otras muchas ocasiones  
Por do suelen perderse muchas gentes,  
Y más en guerra y el contrario junto,  
Do no conviene que se pierda punto.

"Movido pues, señores, deste celo,  
No sin vacilaciones varias, oso  
Deciros que halláis ajeno suelo,  
Y tenéis enemigo poderoso;  
Que cumple no durmamos sin recelo,  
Que conviene tener poco reposo,  
Que demos orden para que esta plaga  
Con menos riesgo nuestro se deshaga.

"Y cierto no conviene que los buenos,  
En riesgo del honor y de la vida,  
Hagan cosas a poco más o menos;  
Sino por una regla bien medida,  
De la cual los que fueren más ajenos  
Hallarán más cercana la caída;  
Pues a quien corre sin mirar por dónde  
No siempre buena dicha le responde.

"Considerando pues la gran campaña  
De gente tan crüel y tan molesta,  
El desorden notable cuánto daña,  
Un pesado descuido quanto cuesta;  
Deseo que nos demos buena maña

En este postrer trance que nos resta,  
Porque después gocemos sin zozobra  
Fructuoso trabajo desta obra.

"Pues si nuestras zozobras tienen vado,  
Como tengo de Dios la confianza,  
Será vuestro trabajo conmutado  
En vida de placer y de holganza,  
Y cada cual muy bien galardonado  
De lo que el rico Boriquén alcanza:  
Todo lo cual parece que asegura,  
Demás del gran valor, vuestra ventura.

"Esta conviene mucho que sigamos  
Huyendo del peligro los extremos,  
No para que del todo los temamos,  
Sino que con recato nos guardemos.  
Y para concluir lo que tratamos,  
Antes que ellos nos busquen los busquemos;  
Pues, jugando de mano, veces hartas  
Desbaratan a triunfos buenas cartas.

"Para ser de valor más alentados,  
Podéis encomendar a la memoria  
Que en todos los rencuentros atrasados  
Habéis gozado siempre de victoria,  
Con hechos tan heroicos y esforzados  
Que se les debe may cabal historia,  
Y no cumplir que pierdan los remates  
Hazañas tan subidas de quilates.

"Si tiene parecer el hombre diestro,  
Este es mi parecer y mi sentencia,  
Aunque deseo yo saber el vuestro,  
Pues no tenéis menor el experiencia;  
Y el que sintiere ser mejor maestro  
Aquí para hablar tiene licencia;  
Pues no siendo razón del todo vana  
Escucharémosla de buena gana."

El número de aquesla compañía  
Sin esceptarse del mozo ni viejo  
En aquestas palabras se veía,  
Como si fuera lumbre de un espejo;  
Y ansí dijeron que lo que decía  
Era necesarísimo consejo,

Y lo que contenían sus razones  
Se conformaba con sus intenciones.

La voluntad de todos conocida,  
Que fue para tal caso conveniente,  
Aderezóse luego la partida  
Con cuanta brevedad les fue posible:  
Ochenta solos hacen la corrida  
Contra los quince mil, gente terrible;  
Dudosos se harán a los humanos  
Tan altos hechos y tan soberanos.

¿Quién creerá vencer a tan gran Marte  
Estatura de tan pequeño codo?  
¿O cómo fuerza de militar arte  
Para ello halló vía ni modo?  
Más peleaba Dios de nuestra parte,  
Que con su voluntad lo vence todo;  
Pues queda muy atrás valor humano  
Donde pelea su potente mano.

Era tenido Salazar en canto  
Al tiempo que esta guerra se trataba,  
Que el batey de los indios y su canto  
Con gran veneración lo celebraba:  
Su nombre les ponía tal espanto  
Que el indio más soberbio más temblaba;  
Y en tiempo destas vueltas y rigores  
Fatigábanlo mucho sus dolores.

Pues como vio Juan Ponce que se halla  
Esta persona principal tan flaca,  
Y que para romper cualquier batalla  
Cuanto más flaco más esfuerzo saca,  
A ciertos indezuelos de canalla  
Mandó que lo llevasen en hamaca,  
Y así con el reguardo conviniente  
De sus desnudos hombros va pendiente.

Salieron luego para la conquista  
Con buena prevención nuestros varones,  
Sin hallar tropezón que los resista  
De tantas y tan grandes poblaciones.  
Finalmente llegaron a la vista  
De los embravecidos escuadrones,  
Los cuales estuvieron muy atentos

Riéndose de sus atrevimientos.

Asentaron real, pequeño trecho  
Del contrario sin grita ni ruido,  
Teniendo por espaldas un repecho  
Que hacía lugar fortalecido,  
Para tales designos a provecho,  
De maíz, leña y agua proveído;  
El cual lugar les dio grande consuelo  
Por habello hallado tan a pelo.

Como los nuestros pues allí viniesen  
A hora poco más de mediodía,  
Para los provocar a que saliesen  
Gran muchedumbre de indios acudía;  
Españoles querían que rompiesen,  
Joan Ponce de León no consentía;  
Pero por ojear sobre salientes  
Salieron hombres sueltos y valientes.

Salió Joan de León, mozo valiente,  
Pero López de Angulo, Joan Mejía,  
Mostrose Salazar tan solamente  
Que para más licencia no tenía;  
Porque de tan gran número de gente  
La principal muy bien lo conocía,  
Salió Miguel de Toro, Joan González,  
Y hasta diez o doce destos tales.

Demás de que las armas iban prestas,  
Iban calzados de ligeras suelas,  
Llevan un arcabuz y tres ballestas,  
Los demás con espadas y rodelas;  
Y a los indios de plumas más enhiestas  
Aprietan, como dicen, las espuelas,  
Mataron en aquesta rociada  
Tres o cuatro de gente señalada.

Los indios que volvieron afrentados  
Causaron en los otros tal revuelta,  
Que revolvieron más determinados  
Hasta doscientos, toda gente suelta;  
Los españoles diestros y avisados  
A nuestros escuadrones dieron vuelta.  
Pareciéndoles bien el primer lance  
Sin esperar más riguroso trance.

Estando pues los nuestros en sus puestos,  
Cada cual dellos bien aderezado,  
Vieron entre estos indios bien dispuestos  
Un indio grandemente señalado:  
Las piernas y los brazos muy compuestos,  
En los pechos cemí de oro labrado,  
Y según en su traza representa  
Debía ser persona de gran cuenta.

Todos tenían pues la vista fija  
En aqueste gandul que parecía,  
No sin alteración algo prolija  
Sobre saber de cierto quien sería;  
Porque con las pinturas de la bija  
De cierta ciencia no se conocía;  
Mas en común juraba gente nuestra  
Ser el Agueibaná, según la muestra.

Durante por palabras la pelea  
Entre los adalides principales,  
Dijo Joan de León: "quien quier que sea,  
Bueno será que pague tantos males;  
Y no venga la noche sin que vea  
Las penas y tormentos infernales."  
El arcabuz tomó que va cargado,  
Y por su rodelero Joan Casado.

Viendo que dos bajaban por la vía  
Del fuerte do tenían sus pertrechos,  
Ocurrieron los indios a porfía  
Y a tomallos a manos van derechos;  
Apuntó bien León a quien quería,  
Y dióle por el medio de los pechos;  
Cayó volcándose por aquel suelo,  
Quedando los demás con gran recelo.

Pero con presuroso continente  
Asieron a porfía del caído,  
Sacándolo cargado prestamente  
De aquel lugar adonde fue herido;  
Y así como lo vio la demás gente  
Dieron terrible grito y alarido,  
Yéndose poco a poco retirando,  
La muerte del cacique lamentando.

Convierten el placer en duro llanto  
De verse reducir a servidumbre.  
Y así decían todos con espanto  
Aunque no lo tenían de costumbre;  
"O los poquitos destes valen tanto  
Como si fuese grande muchedumbre,  
O han resucitado nuestros amos  
Y los denlas cristianos que matamos."

Confiados de fuerzas y soltura,  
Quisieran muchos ir en los alcances,  
Pero Joan Ponce dijo ser locura  
Y desvariadísimos balances:  
"Dejadlos ir, que es guerra más segura:  
Pues Dios nos ha librado destes trances,  
Daldes lugar a bien llorar su muerto,  
Que el rey Agueibaná debe ser cierto.

"Paréceme consejo muy más sano,  
Por libertad de tan pesado Marte,  
Las gracias dello dar al Soberano,  
Pues nos ha sucedido de tal arte  
Que nos dio la victoria de su mano,  
Siendo nosotros hasta poca parte:  
Limosnas se harán y sacrificios  
Reconociendo tantos beneficios.

"Iránse los caribes mal pesantes  
Por verse padecer trances tan duros,  
Dividiránse luego los restantes  
De libertad perdidos ya sus juro;  
Tenémoslos tan llanos como antes,  
Y por ventura harto más seguros;  
Que no hicieran ellos tal mudanza,  
Si de volver tuvieran la esperanza.

"Por tanto, pues la gente queda sana  
Y libres ya del encendido fuego,  
Cenemos lo que hay de buena gana,  
Puesto que no durmamos con sosiego;  
Volvemos hemos luego de mañana,  
Que ganado tenemos este juego."  
Con esto reportó la compañía,  
Y se volvieron todos otro día.

Y así fue que después los boriquestos



Se quisieron rendir todos a una,  
Los españoles vivos quedan buenos,  
Y la guerra les da pena ninguna;  
Joan Ponce de León ni más ni menos  
Gozaba de su próspera fortuna,  
En paz con su mujer y con sus hijos,  
En sus minas, estancias y cortijos.

Trajeron grande copia de ganados,  
Necesarios a todos menesteres;  
Vinieron a poblar hombres casados  
Con sus familias, hijos y mujeres;  
Varones diferentes en estados,  
Ricos y caudalosos mercaderes,  
Ocupan puertos varios navegantes  
Y grande multitud de contratantes.

Lucen y resplandecen los arrees  
Que cubren las humanas proporciones,  
Hay juntas, juegan cañas, hay torneos  
Con grandes variedades de invenciones,  
Satisfacen riquezas sus deseos,  
Vanse poblando nuevas poblaciones,  
Las cuales conocí con gran provecho,  
Pero ya muchas dellas se han deshecho.

Tenían de oro ricos nacimientos,  
De cosas necesarias gran hartura,  
Hay grandes hatos, hay heredamientos,  
Hay por la isla toda gran cultura;  
Celebráronse muchos casamientos  
Con damas de valor y hermosura,  
Y acuérdome de aquestos pobladores  
Que dejaron algunos sucesores.

Gaspar y Garci Troche, principales  
En estos regimientos y gobiernos,  
Hombres en toda cosa tan cabales  
Que del dicho Joan Ponce fueron yernos;  
Francisco y Joan de Toro, y otros tales  
Para cualquier peligro nada tiernos,  
Francisco de Alvarado, Diego Ramos,  
Que por varón ilustre lo contamos.

Diego de Cuellar, Pedro de Espinosa,  
Y con ellos Víctor y Joan Guilarte,

Pedro de Mata que en cualquiera cosa  
De honra no le daban poca parte.  
Castellanos, persona generosa  
En cuanta clara parte nos reparte,  
Y aqueste generoso caballero  
Fue después en la isla tesorero.

Francisco de Mayorga, tan bastante  
En todo cuanto puede ser nobleza,  
Que ningunos pasaron adelante  
Y pocos en posible de riqueza;  
Joan de Mayorga, hijo, semejante  
En discreción, honor, virtud, proeza,  
Que vive, y es persona señalada  
En este nuevo reino de Granada.

Persona de mi harto conocida,  
Pues vi que en escuadrones de Belona  
Ha servido muy bien toda su vida,  
Y sirve hoy a la real corona;  
Tiene mujer que tiene merecida  
Alabanza inmortal de su persona,  
Dicha doña Maria de Cazalla,  
Que soy muy poco yo para alaballa.

Ansímismo hicieron allí rancho  
Un Baltasar Cáncer y Joan su hermano,  
En honor sin venille nada ancho  
Dicho Ruiz Barrasa tuvo mano;  
Hubo también aquel Francisco Joancho.  
Muy rico y caudaloso baquiano,  
Alonso Manso, Baltasar de Castro,  
Que de fama no dejan menos rastro.

A Hernán Sánchez Alemán me llego,  
Hombre de gran valor y mucha suerte,  
Al cual yo conocí ya medio ciego  
Con Joan de Vargas, otro varón fuerte;  
Ansímismo García de Villadiego,  
Y el triste que murió de mala muerte,  
Cristóbal de Guzmán, y diré cómo,  
Por ser un caballero de gran tono.

Puesto caso que estaba ya hollada  
La isla con sus indios todos llanos,  
Era también a veces infestada

De todos los caribes comarcanos;  
Y en diferentes tiempos salteada  
Con harta perdición de los cristianos,  
Acometiendo con escuridades  
Los hatos, las estancias y heredades.

Y en las rebeliones desta tierra,  
En un cierto rencuentro riguroso,  
Mataron, según uso de la guerra,  
Un Cacimar, cacique poderoso;  
E Yahureibo, desta gente perra  
Cacique por extremo belicoso,  
Quiso venir con poderosa mano  
Para vengar la muerte del hermano.

En piraguas, que son como galeras,  
Metió trescientos indios escogidos,  
Del Boriquén tomaron las riberas  
Sin ser vistos, oídos ni sentidos,  
Acecharon caminos y carreras,  
Por las cuales van bien apercebidos,  
Al Daguao sus pasos encaminan,  
Y a las estancias que con él confinan.

Allí tenía principal estancia  
Guzmán con cantidad de frutos varios;  
Sería media legua la distancia  
Del Puerto do saltaron los corsarios;  
El Guzmán sin ninguna vigilancia,  
Ni miedo, ni recelo de contrarios,  
De tal manera que por plaza rasa  
Llegaron hasta le cercar la casa.

El resplandor del sol era salido  
Cuando salió también la gente fiera,  
Acudió con los suyos al ruido,  
Por tomar un caballo, si pudiera;  
Pero luego de yerba fue herido  
En el primero pie que puso fuera,  
Y como vido tantos al encuentro  
Parecióle mejor volver adentro.

Mas los voraces indios inhumanos  
Tuvieron en entrar tal osadía,  
Que vivo lo tomaron a las manos  
Con las negros e indias que tenía;

Y de negros e indios más cercanos  
Para comer mataban a porfía,  
Maniatan los míseros captivos,  
Y llevan a los muertos y a los vivos.

Aquesta montería concluida  
Y recogido todo lo restante,  
No dilataron mucho su partida  
Por no cumplir en salto semejante,  
Llevando con la gente recogida  
Al dicho don Cristóbal por delante,  
El miserable triste maniatado  
Y de rabiosos perros rodeado.

¡Oh fortuna cruel! ¡Oh hado ciego  
Que tantas vueltas y revueltas fraguas!  
Pues llegados al mar lo meten luego  
En aquellas sus barcas o piraguas;  
Y por no les cumplir mucho sosiego  
Arando van las inquietas aguas,  
Con crecido caudal, con rica presa,  
Y de carnes humanas larga mesa.

Curóle Yahureibo la herida,  
Gozóse de tener tan buen captivo,  
No tanto por quererle dar la vida,  
Cuanto por se servir dél siendo vivo;  
Es el dolor del pie muy sin medida,  
Mas el del corazón más escesivo,  
Por no se descubrir hora Segura  
Ni cosa que no fuese desventura.

Pues la vil y proterva compañía  
Por las islas se fue regocijando,  
Según común costumbre que tenía,  
Comiendo de los presos y matando  
La pieza que mejor les parecía;  
Y por derecha vía navegando,  
Llegó con buenos tiempos y zaborda  
En la isla que llaman Virgen-Gorda.

En aquella sazón y coyuntura  
Que llegó la compañía monstruosa,  
Iba nuestro hidalgo sin ventura  
Trabado de la yerba ponzoñosa;  
Y conociendo ser de poca dura,

Por dalle muerte más calamitosa,  
Mandáronlo poner en un madero  
Do todos le tiraron a terrero.

En aquestos tormentos apartados  
De todo cuanto puede ser clemencia,  
Los ojos a los cielos levantados  
Con suma devoción y reverencia,  
Demandaba perdón de sus pecados  
Armado de guadísima paciencia;  
Dio fin a los trabajos deste suelo  
Para gozar descansos en el cielo.

Pues no fue por entonces encubierto  
Ser hombre de santísimas costumbres,  
Y sus negras dijeron por muy cierto,  
Presentes a las dichas pesadumbres,  
Que en el mismo lugar donde fue muerto  
Aquella noche toda vieron lumbres;  
Quisieran ellas dalle sepultura,  
Mas no lo consintió la gente dura.

Una que quiso ser más atrevida,  
Dicha Isabel, mujer de más coraje,  
De golpe de macana fue herida  
Por uno del ejército salvaje;  
Al fin, cuando hicieron su partida,  
Lo mandaron echar al rebalaje  
Del agua sin que nadie le tocase,  
Para que el agua misma lo llevase.

Faltóles a los nuestros la paciencia,  
Entendida la nueva lastimera,  
Haciéndoseles cargo de conciencia  
No ir tras esta gente carnicera;  
Y así se procuró con diligencia  
Efetuar con tiempo la carrera,  
Pensando redimir aquel captivo  
Que todos sospechaban estar vivo.

Para poder llegar a los confines  
De los caribes fieros, atrevidos,  
Aderezaron buenos bergantines  
De cosas necesarias proveídos;  
Los soldados que llevan son insignes  
En militares artes escogidos,

Y fue por general en el armada  
Joan de Yucar, persona señalada:

Persona que de mí fue conocida,  
Con sus armas, banderas y estandarte;  
Y así, si Dios a mí me diere vida,  
Diré más largo dél en otra parte;  
Los capitanes fue gente lucida,  
Entre quien la restante se reparte:  
El uno dellos fue Joan de Avendaño,  
Que me dio larga cuenta deste daño.

El cual anduvo bien este camino  
Mostrando gran valor en la jornada,  
Y este día de hoy es mi vecino  
En este nuevo reino de Granada:  
Fue Benito Velásquez, hombre digno  
Que su persona sea celebrada,  
Y ansímismo Limón, y Alberto Pérez,  
Consultores en estos pareceres.

De muchos valerosos desta gente  
Pudiera hacer nómina prolija  
Mas agora diré tan solamente  
Del capitán Alonso de Lebrija  
Que para todas cosas de valiente  
Su gran industria fue no menos fija:  
Y así dejemos el armada presta  
Para decir después lo que me resta.

## CANTO SESTO

*Donde se cuenta cómo llevo la armada a la Dominica, cómo cobraron las negras de  
Cristóbal de Guzmán y muchas indias, y lo que más sucedió con otros saltos que después  
hizo Yahureibo en la isla de San Juan o Boriquén.*

Bien puede ser que el triste se consuele  
Con esperar socorro de algún bueno.  
Alas común opinión del vulgo suele  
Decir de pelo cuelgan mal ajeno;  
Pues aunque el singular a muchos duele,  
Allí dolerá más do fue más lleno,  
Y éste con más solicitud procura

Antídoto que pueda dalle cura.

Cristóbal de Guzmán mujer tenía,  
Señora de muy gran merecimiento,  
Que doña Mayor Vázquez se decía;  
La cual con increíble sentimiento  
Gran cantidad de gentes traía  
Sin poder comportar detenimiento,  
Y para recobrar su dulce prenda  
Gastaba de sus bienes y hacienda.

No pudo falta ser que no cumpliese  
Por orden y concierto conveniente,  
Sin querer reparar en interese,  
Con tal solicitud que es increíble;  
Hizo pues que el armada se partiese  
Con cuanta brevedad le fue posible,  
Llevando capitanes y sargentos,  
Soldados poco menos de doscientos.

En cinco bergantines artillados  
Partieron pues de nuestra isla rica,  
Y tres o cuatro días navegados  
Llegaron a la de la Dominica,  
Do tomaron los indios descuidados,  
Según la relación nos certifica;  
Y así saltaron bien apercebidos  
A la parte del sur sin ser sentidos.

Puestos en tierra ya desta manera  
En un puerto de azufre nada faltó,  
Esperaron la noche venidera  
Para poder hacer algún buen salto;  
Encubiertos muy bien con la ribera  
Y con sus atalayas en un alto,  
Esperaban el tiempo más oscuro  
Para poder salir sobre seguro.

Sería media noche ya pasada,  
Cuando con el recato conveniente  
En tierra salta gente bien armada,  
Y el camino que llevan es patente;  
Y así, poca distancia caminada,  
En un pueblo se dio de mucha gente;  
Y repartidos bien por sus cuarteles,  
Tocaron la trompeta los fieles.

Entraron los que estaban repartidos  
Con gran solicitud y diligencia,  
Recordaron los indios atrevidos  
Sin rehusar guerrera competencia;  
Mas eran luego muertos o rendidos,  
Sin les bastar su viva resistencia;  
Tomaron grande copia de captivos  
De los restantes que quedaron vivos.

Con manos prestas y con pies livianos  
Se recorrían los demás andenes,  
Halláronse preseas de cristianos  
Y cantidad de los robados bienes;  
Vinieron las tres negras a las manos,  
Muchas antiguas indias boriquenes;  
Al puerto se volvieron manos llenas,  
Y los caribes indios en cadenas.

Metieron en la mar la gente perra,  
Por más asegurar que no se vaya,  
Los bergantines el proís en tierra,  
Los nuestros divertidos por la playa;  
Mas los caribes hombres son de guerra,  
Y el caribe feroz jamás desmaya;  
Hiciéronse después otras dos suertes  
En pueblos, y no fueron menos fuertes.

Al tiempo que el cristiano se vestía  
De más victoriosas esperanzas,  
El indio Yahureibo no dormía  
Trazando mil maneras de venganzas,  
Holgando de ver nuestra compañía  
Con unas descuidadas confianzas;  
Y así por tierras, y otros en piraguas,  
Les tornaron las tierras y las aguas.

Tenía la bahía señalada  
Al lado promontorio montuoso,  
Donde hizo poner una emboscada  
De gente de furor impetuoso;  
Y hizo por la mar ir en armada  
Con las piraguas capitán mañoso,  
Para que juntas dos caudillos diestros,  
Por mar y tierra diesen en los nuestros.



Efetuados estos pareceres,  
Que por su defensa convenían,  
Y gozando los nuestros de placeres,  
Pues sin ningún tenor se divertían,  
Alzó los ojos un Alberta Pérez,  
Y vido las piraguas que venían,  
Tiros mandó soltar en continente  
A fin de recoger toda la gente.

Oída la señal que les espresa  
Que venga cada cual y se resguarde,  
Acudieron los nuestros a gran priesa,  
La mayor parte dellos algo tarde;  
Pues en ejecución de su promesa,  
Yahureibo llegó con gran alarde;  
Tanto que se juzgó por buenos fines  
Cortar los cables a los bergantines.

Por la mar se hicieron a lo largo  
Las cuatro que pudieron evadirse,  
Tomando todos ellos a su cargo  
Con los de las piraguas combatirse;  
Mas Benito Velásquez, muy amargo,  
No pudo de la playa desasirse,  
Porque cargo sobre el tanta potencia,  
Que ya no le bastaba resistencia.

Defendíanse bien los del espada,  
Daban crüeles golpes y pesados;  
Mas era tan espesa la nevada  
De flechas y de dardos afilados,  
Que de la gente noble más granada  
Le mataron allí treinta soldados,  
Y el Benito Velásquez todavía  
Con supremo valor se defendía.

Al tiempo que el rebato sobrevino,  
Del Puerto se halló muy apartado  
Un hombre trapanés, buzo marina,  
En coger ciertas frutas ocupado:  
Al puerto revolvió; más cuando vino  
Vio lo por todas partes rodeado,  
Y por estar en peso la porfía  
Nadie lo pudo ver cuando venía.

Viendo tan claro riesgo de su vida,

Sin hallar por adonde se escapase,  
Con sumas votes hizo gran corrida  
A ellos, sin que punto reparase;  
Pensando ser de gente más crecida,  
Abriréronle lugar por do pasase;  
Y coma nada vido por delante,  
Se pudo zabullir en el instante.

Los indios, admirados deste hecho,  
Miraban do salía por flechallo,  
Gran parte dellos puestos en acecho,  
Mas ninguno podía devisallo;  
Porque fue por debajo tan gran trecho,  
Que flechas no pudieron alcanzallo;  
Entre tanto Velásquez con gran brío  
Pudo cortar los cabos del navío.

De la playa salió menoscabado,  
Y luego recogió, como debía,  
Al trapanés, que estaba sobreaguado;  
Al cual no se le niegue que este día,  
Como varón astuto y avisado,  
Se valió del oficio que sabía;  
El Velásquez, salido deste fuego,  
A la naval batalla se fue luego.

Porque todos andaban a las manos  
Con la caribe gente monstruosa:  
Los bárbaros gallardos y lozanos,  
Sin perder punto de ninguna cosa,  
Y fatigados ya nuestros cristianos  
A causa de la yerba ponzoñosa;  
Y aun el artillería no jugaba,  
Porque también la pólvora faltaba.

La cosa de temor anduvo suelta,  
Acometiéndoles por todos lados:  
De los indios también en la revuelta,  
Algunos pocos fueron derribados;  
E ya sin almacén dieron la vuelta,  
Y es de creer también que de cansados,  
Mas de los nuestros hecha bien la cuenta,  
Faltaron de doscientos los cincuenta,

Este negocio desta suerte hecho,  
Llevaron a San Joan el desengaño,

Puesto caso que no con pie derecho,  
Pues a todos causó dolor extraño:  
Fue de pocos quilates el provecho  
En consideración de tanto daño,  
Y el Yahureibo, gran varón de guerra,  
Otras veces corrió también la tierra.

Porque pasada ya cierta distancia  
En continuación de su camino,  
Dio con doscientos indios en la estancia  
De Martín de Guiluz, el vizcaíno;  
Mas Sebastián Alonso con constancia  
De buen varón y de leal vecino,  
Estando los dos mal, supo la nueva,  
Y fue, para cobrar lo que le lleva,

Con caballo veloz y dura lanza,  
Corriendo por aquella gran dehesa;  
Antes que se embarcasen los alcanza,  
Y les quitó los indios y la presa:  
Deshizo su valor y su pujanza  
Redimiendo manjares de su mesa;  
Alanceando mucho, y hiriendo  
Hasta la mar los iba persiguiendo.

Rompiendo varonilmente por ellos,  
Con el gentil caballo que venía,  
A muchos arrastró por los cabellos,  
Y a los negros los daba que traía,  
Que los atasen por servirse dellos  
En minas y en estancias que tenía,  
Entre ellos uno, ya varón anciano,  
Que traía dos flechas en la mano.

El cual como se vio torcer la frente  
De fuerza que juzgaba no ser tierna,  
Determinó de dar a manteniendo  
Con ambas a dos flechas por la pierna,  
Untadas del veneno pestilente,  
Que el más entero seso desgoberna;  
Y el caballero viéndose herido,  
Mató de mala muerte su vencido.

Desbaratadas estas compañías,  
Volvióse las heridas recelando,  
Y desde a poco dio fin a sus días

Con gran conocimiento, mas rabiando;  
Acabaron sus grandes valentías,  
Con grande compasión de nuestro bando,  
Hizo cosas no dignas de tiniebla  
Fue andaluz y natural de Niebla.

Demás desto que el verso certifica,  
Después de muchos días, cierto día,  
Dio gente, de la dicha Dominica,  
Con el astucia y orden que solía,  
En pueblo de Luisa la cacica,  
Do estaba de presente Joan Mejía,  
Aquel fuerte varón, de color loro,  
Cuya muerte causó no poco lloro.

La india le decía que huyera,  
Mas él le respondió con lo que piensa:  
"Eso no me conviene, ni Dios quiera  
Que mi honra padezca tal ofensa;  
Ni lo dejaré yo desta manera  
Aunque sepa morir por lo defensa;"  
Y así del tal asalto descuidado,  
No pudo salir bien aderezado.

Debajo de su fuerte confianza,  
Viendo los enemigos estar dentro,  
Salió con una espada y una lanza  
A fin de resistir primer rencuentro;  
Mas fue demasiada la pujanza  
De los que le salieron al encuentro;  
Y con ver ante sí tan gran potencia,  
No dejó de hacer gran resistencia.

Vio luego con Chapiras y Pomares,  
Gallardo capitán que los mandaba,  
Al cual atravesó por los ijares  
Con la lanza jineta que llevaba;  
Hizo después bien anchos los lugares,  
Por aquel escuadrón de gente brava,  
Como toro feroz y madrigado,  
Que por diversas partes es picado.

Fue tan feroz en el arremetida,  
Y la priesa que dio fue de tal suerte,  
Que tuvieron por buena la huida,  
Con terror de la sangre que se vierte;

Mas no quedó seguro de su vida,  
Antes con certidumbre de la muerte,  
A la cual en tres días fue cercano,  
Haciendo diligencias de cristiano.

Deste pernicioso nocumento  
La Luisa quedó muy mal herida,  
La cual murió con buen conocimiento  
Aunque era nuevamente convertida;  
Quedóle hasta hoy al tal asiento  
Su nombre, y es estancia conocida,  
Quedando de grandeza tan notoria  
De gente solamente la memoria.

Después el Yahureibo tan molesto  
Continuaba canto su venida,  
Que cada cual dormía por su puesto  
Con grandes detrimentos de la vida;  
Ponían por la isla para esto  
Gente de guarnición apercebida,  
Con Sancho de Aragón, diestro caudillo,  
Y con ello el perro Becerrillo.

Las furias y rigores desta llama  
Sosegarían hasta medio año;  
Después de las estancias de Guayama  
Volvieron los caribes al engaño;  
Y a Sancho de Aragón llegó la fama  
Cerca de do hicieron aquel daño,  
El cual con el recado conveniente  
Vino con cuanta prisa fue posible.

Ya cuando Sancho hizo su llegada  
El escuadrón feroz de gente perra  
Grande presa tenían embarcada,  
Quedándose los más dellos en tierra:  
Anduvo la refriega bien trabada,  
Duraron los rencuentros de la guerra;  
Mas los indios huyeron a las aguas  
Para se guarecer en las piraguas.

Al tiempo que el rencuentro más ardía,  
No poca parte fue para vencellos  
El perro Becerrillo, que hacía  
Pedazos las ijadas y los cuellos,  
Y en continuación de su porfía,

A nado por la mar entró tras ellos,  
Do uno de los que él despedazaba  
Lo hirió con las flechas que llevaba.

Después que se sintió desta manera,  
Y al que mal lo trató dejó sin vida,  
Volvió con brevedad a la ribera  
En busca de la gente conocida;  
Como si de razón uso tuviera,  
Sentimiento mostró de la herida;  
Curáronlo quemándolo con fuego,  
Pero nada prestó, pues murió luego.

No murió con rabioso desconcierto,  
Aunque fue del veneno pestilente;  
La falta deste perro causó cierto  
Grandísimo dolor a nuestra gente;  
Y porque no se viese que era muerto,  
Lo mandan enterrar secretamente:  
Para los indios fue plaza terrible,  
Y dellos se juzgó por invencible.

Después que esta desgracia les avino,  
Supieron que la gente carnicera  
Hacia Vieque hizo su camino,  
Pegada con San Joan, isla frontera,  
Do con humana carne de su vino  
Hicieron una larga borrachera,  
Y nuestra gente casi de improviso,  
A los de San Germán dieron aviso:

Pueblo do yo vi muchos moradores,  
Frecuencia de navíos y de barcas,  
Grandes estancias por sus rededores,  
Ricas minas en todas sus comarcas:  
Traté de sus primeros pobladores  
Villanueva, Rincón y Sancho de Arcas,  
Jerónimo Fernández de Virués,  
Que hoy con vida hado sobresees.

Mas esta guerra cuando se hacía  
Fue años atrasados desta gente,  
Y en San Germán entonces residía  
Cristóbal de Mendoza por teniente:  
Señalado varón en valentía  
Y contra los caribes escelente,

El cual por desear verse con estos  
Sesenta buenos hombres hizo prestos.

Embarcáronse pues con buen recado  
Y ganas de hallar los enemigos,  
Nuestro Mendoza muy regocijado  
Por querer ir con él de los antiguos:  
Pero López de Angulo, Joan Casado,  
Joan de León, Quindós y otros amigos,  
Porque tenía ya de tales lanzas  
No vanas, sino ciertas esperanzas.

Llevaron para esto buena guía,  
Y para su viaje tiempo hecho;  
Llevaron e Vieque por tal vía,  
Que no pudiera ser más a provecho,  
Por tener la caribe compañía  
Las piraguas en un lugar estrecho,  
Donde por ser la boca recogida  
Podían estorbarles la salida.

Fue rato de la noche su llegada  
Guiando los navíos a las lumbres,  
La gente de los indios ocupada  
En tierra con sus ritos y costumbres;  
Y así los bergantines del armada  
Entraron sin ningunas pesadumbres,  
Y sin que reparasen en las aguas  
Les pudieron tomar doce piraguas.

Acudieron los indios al ruido,  
Según suele venir gente tan fiera;  
Habiendo ya Mendoza proveído  
Gente pare la mar y para fuera,  
A tierra sale bien apercebido  
Tomando con cuarenta la ribera,  
Con buen ardid y grande diligencia,  
Puesto caso que no sin resistencia;

Porque los bárbaros mozos y canos  
Arremetieron duros y protervos,  
Con lanzas y macanas en las manos,  
Bien como los lebreles a los ciervos,  
O como contra pollos los milanos,  
O ya de la manera que los cuervos  
Se suelen abatir a carne muerta,

Al tiempo que la hambre los despierta.

Pospónense temores, huyen miedos.  
Nadie muestra señal de cobardía,  
Los indios con tan ásperos denuedos  
Cuanto necesidad allí pedía;  
Pero los españoles no van quedos,  
Pues cada cual del brazo se valía,  
Con golpes y con puntas tan extrañas  
Que rasgan pechos, rompen las entrañas.

Gran grita y alarido se condensa  
Después que Yahureibo tocó cuerno,  
Encendido de furia tan inmensa,  
Ansí como si fuera del infierno:  
Tiros a tiros den la recompensa,  
A cuchillada golpe nada tierno,  
Descalabrar cabezas, quebró muelas,  
Hizo pedazos manos y rodelas.

Pero López de Angulo como vía  
Aquel indio que tanto se estremaba,  
Puesto caso que no lo conocía,  
Ni ser el Yahureibo se pensaba;  
Por frenar tan suelta valentía  
Y poder quebrantar su furia brava,  
Salióle con sus armas al encuentro,  
Mas él no se retrajo más adentro.

Al singular certamen van dispuestos  
Ambos a dos de juventud lozana,  
Mancebos, altos, sueltos, bien dispuestos,  
Y cada cual con increíble gana:  
Para los golpes y respuestas prestos,  
Uno con hierro y otro con macana,  
Rompen aquí y allí, y en breves puntos  
Los dos Leones fieros se ven juntos.

Angulo le libró con el espada  
Un golpe de revés embravecido,  
El indio rebatió la cuchillada  
Con soltura y ardid jamás oído;  
Y dio con la macana levantada  
Golpe no de varón enflaquecido,  
Sino con violencia tal que pudo  
Hacelle dos pedazos el escudo.



El Pero López dél no se desvía,  
Aunque el escudo fuerte vio deshecho;  
Mas antes con lozana gallardía  
A él encaminó salto derecho;  
Y como Yahureibo no huía,  
Vinieron a juntar pecho con pecho,  
Forcejando con piernas y con brazos,  
Tanto que se hacían mil pedazos.

Bien así como dos feroces perros,  
De natural furor estimulados,  
O ya con las carlancas, o sin hierro  
Sobre los pies traseros levantados,  
Erizados los pelos de los cerros,  
Dándose crudelísimos bocados:  
Y aunque dura gran rato la porfía  
Ninguno dellos siente mejoría.

Ansí con la codicia del trofeo  
Trabaja cada cual, y nadie medra;  
No quiere Yahureibo ser Anteo  
Con ser el Pero López firme piedra:  
Los brazos a los cuerpos dan rodeo  
Según a duras plantas verde yedra,  
Ninguno dellos piessa de rendirse,  
Ni quiere del contrario desasirse.

Andando pues la lucha tan trabada  
No sin pelos de barbas y cabellos,  
Con rodilla, puñete, cabezada,  
Sudando ya los pechos y los cuellos,  
Con arma de dos filos enastada  
Francisco de Quindós llegó sobre ellos.  
Y al falto de vestidos y de faldas  
Atravesó por medio las espaldas.

Pesó por el honor de lo que toco  
Al Pero López desta su venida,  
Y mucho más de ver el modo loco  
Que tuvo para dalle la herida;  
Pues Yahureibo muerto, faltó poco  
Para que lo privara de la vida,  
Porque como paso de buena gana  
Un poco le tocó la partesana.

Aquestos duros trances acabados,  
Encuentros y rencuentros escesivos,  
Los caribes quedaron mal parados,  
De doscientos, ochenta solos vivos;  
Los cuales todos fueron maniatados  
Quedando por esclavos y captivos;  
Diez heridos de los de nuestra suerte,  
Pero ninguno dellos fue de muerte.

Con grillos, con cadenas o tramojos  
Los indios en los barcos son metidos,  
Mitigáronse mucho los enojos  
De los daños atrás acontecidos:  
Con la presa volvieron y despojos  
A donde fueron muy bien recibidos;  
Y los demás negocios desta gente  
Os diremos agora brevemente.

#### CANTO SETIMO

*Donde se cuenta cómo privaron del gobierno a Joan Ponce de León, el mal galardón  
que se dio a los valerosos conquistadores que hallaron la tierra, las novedades que hubo  
después que Joan Ponce dejó el cargo, con otras muchas cosas hasta la muerte  
del dicho Joan Ponce.*

Nunca jamás envidia se desvía  
De la prosperidad más eminente;  
Antes nacieron ambas en un día  
Y entrampas van creciendo juntamente:  
Envidia es universal espía  
Que persigue la más ilustre gente,  
Y con mayor vigor en estas partes  
Compuso sus reseñas y estandartes.

Con la moderna gente que venía  
Llegó gran cantidad deste veneno,  
Que los más buenos hechos deshacía.  
Y nadie de sus bocas era bueno:  
Antes cualquiera dellos pretendía  
Gozar sin su trabajo del ajeno;  
El hombre vil y el más soez de todos  
Decía que venía de los godos.

Y así, fraudes, engaños y cautelas  
Que trajeron algunos pobladores,  
Contra Joan Ponce van a todas velas  
Y contra sus primeros valedores:  
Ocuparon al rey grandes novelas  
De parte de malditos escritores,  
Y como los caminos eran largos,  
No pudo por entonces dar descargos.

Al tiempo pues que estaban esperando  
El galardón sus ínclitos soldados,  
Privaron al Joan Ponce de su mando,  
Quedando todos muy desconsolados:  
La tierra repartió contrario bando  
Y quedaron así más agraviados,  
Por ver que se llevó la mejoría  
El inútil que no lo merecía.

Mas esto no es en Indias cosa nueva,  
Y siempre se será lo que fue antes;  
Tenemos destas cosas larga prueba,  
Por haber visto muchas semejantes:  
Pues quien postrero va primero lleva,  
Mayormente malsines y chocantes,  
Con deudos y criados de jueces,  
Que ya todo lo hinchen estas heces.

No tienen ellos cuenta con el fuerte  
Ni con quien ha mejor al ser servido,  
Y aun aquí Salazar quedó sin suerte,  
Con que fue del jaez que habéis oído:  
Este varón murió cristiana muerte,  
De dolores de bubas afligido,  
Armado de grandísima paciencia  
Y con examen largo de conciencia.

Rigió después aquestas compañías  
Un Joan Cerón, a todos odioso,  
Y así por tener cargo pocos días  
Los gobernó Rodrigo de Moscoso;  
Sucedíole por muchas demasías  
Cristóbal de Mendoza valeroso,  
Varón capaz, sagaz y diligente  
Y en todos sus designios excelente.

A este por su bien el rey lo llama,  
Sucediendo Velázquez licenciado,  
Herederero de harto mala fama,  
Y así deste gobierno fue privado;  
Vino después Antonio de la Gama,  
En estas partes hombre señalado;  
Luego Pedro Moreno tuvo mando,  
Y después deste Manüel de Olando.

Estos solos que el verso representa  
Me pareció decir deste distrito;  
Pues corre ya la era de setenta  
Y nueve, do los pongo por escrito;  
Pues si de los demás hiciese cuenta,  
Sería proceder en infinito,  
Y nunca resumir en largos cuentos  
Las vueltas y diversos movimientos.

Y porque de memoria no me fío,  
En los demás vecinos no reparo;  
Pero sé que fue gente de gran brío,  
Y de necesitados buen amparo:  
Fue dellos un señor, amigo mío,  
El nombre del cual es Francisco Caro,  
De quien os contaré con verdad pura  
Una muy venturosa desventura.

Usando de virtudes y proezas,  
En guerra y paz dio tan buena maña,  
Que granjeó gran copia de riquezas,  
Y quiso trasportallas en España;  
Navegaba marinas asperezas  
Con gente que sus vías acompaña;  
En dos buenos navíos proveídos  
De cuanto cumple ser apercebidos.

El mar que a movimientos es sujeto  
Le volvía las ondas en llanura,  
Dando seguras muestras de quieto,  
Si pudiera tener hora segura;  
Mas sin tormenta suple su defeto  
Otra calamitosa desventura,  
Pues cosa no se ve que no lo sea,  
Aunque patentemente no se vea.

Fue pues que navegando reta vía

Con prósperos aflatos el entena,  
Llegada ya la clara luz del día,  
Cuando navegación da menos pena,  
Por la siniestra mano discurría  
Una poderosísima ballena,  
Y embistió con la nave desdichada,  
De semejante caso descuidada.

Como quien deseoso del entrego  
Alguna fortaleza contramina,  
Donde sulfúreos polvos pone luego  
Sin temer los cercados la ruina;  
Y con horrible trueno puesto fuego  
Los saltea con muerte repentina,  
Y la velocidad es de tal suerte  
Que mueren sin que sepan de qué muerte;

Con ímpetu tan fiero sumergido  
Este navío fue por la sondura,  
Sin le ser un momento concedido  
Para poder llorar su desventura;  
El descuidado y el apercibido  
Tuvieron una misma sepultura;  
Con velas de las naos van cubiertos  
Y amortajados antes de ser muertos.

En aquellos mortíferos extremos  
La jarcia no los deja de revueltos;  
Otros, según que ya dicho tenemos,  
En sinuosas velas van envueltos,  
Otros hicieron de sus brazos remos  
Y entre ellos con valor y esfuerzo raro  
Que desde la cubierta fueron sueltos,  
Mostró bien ser quien es Francisco Caro.

Pidiendo va socorros a María,  
Como quien es su muy aficionado,  
Esforzando la poca compañía,  
Que también como el andan a nado;  
Llamóles al batel que ya tenía  
Entre marinas aguas anegado,  
Diciéndoles: "pues es el viento manso,  
Tenemos algún tanto de descanso.

"Este remedio es más convertible  
A males que de bienes son ajenos,

Entre tanto que pena tan terrible  
Procuran remediar algunos buenos;  
Pues la gente demás es imposible  
Que de su vista no nos eche menos;  
Y sí, como pensamos, es aquesto,  
El remedio tenemos aquí presto."

Admirada la nave compañera  
Deste desaparecer tan repentino,  
A gran furia batel echaron fuera,  
Y para ver qué fue hacen camino:  
Hallaron estos ya de tal manera,  
Que fue la brevedad cual les convino:  
Pues, aunque el mar estaba de bonanza,  
Peligro prometía la tardanza.

Aquellos miserables afligidos  
Templaron su dolor con la venida,  
Por estar todos ellos poseídos  
De gran desconfianza de la vida;  
Fueron pues en la nave recibidos  
Con el que desde España no me olvida  
A quien escribo cartas, y reescribe  
Y viva muchos años como vive.

Vuelto pues a Joan Ponce, poderoso  
En los dones de Juno y de Belona,  
Que de mayor empresa codicioso,  
Y de servir a la real corona,  
Nunca quiso jamás tomar reposo  
Pudiendo ya gozallo su persona;  
Y así fuera del cargo de justicia,  
Quiso sacar a luz esta noticia.

Entre los más antiguos desta gente  
Había muchos indios que decían  
De la Bimini, isla prepotente,  
Donde varias naciones acudían,  
Por las virtudes grandes de su fuente,  
Do viejos en mancebos se volvían,  
Y donde las mujeres más ancianas  
Deshacían las rugas y las canas.

Bebiendo de sus aguas pocas veces,  
Lavando las cansadas proporciones,  
Perdían fealdades de vejeces,

Sanaban las enfermas complexiones;  
Los rostros adobaban y las teces,  
Puesto que no mudaban las faiciones;  
Y por no desear de ser doncellas  
Del agua lo salina todas ellas.

Decían admirables influencias  
De sus floridos campos y florestas;  
No se vían aun las apariencias  
De las cosas que suelen ser molestas,  
Ni sabían que son litispendencias,  
Sino gozos, placeres, grandes fiestas:  
Al fin nos la pintaban de manera  
Que cobraban allí la edad primera.

Estoy agora yo considerando,  
Según la vanidad de nuestros días,  
¡Qué de viejas vinieran arrastrando  
Por cobrar sus antiguas gallardías,  
Si fuera cierta como voy contando  
La fama de tan grandes niñerías!  
¡Cuán rico, cuán pujante, cuán potente  
Pudiera ser el rey de la tal fuente!

¡Qué de haciendas, joyas y preseas  
Por remozar vendieran los varones!  
¡Qué grito de hermosas y de feas  
Anduvieran aquestas estaciones!  
¡Cuán diferentes trajes y libreas  
Vinieran a ganar estos perdones!  
Cierto no se tomara pena tanta  
Por ir a visitar la tierra Santa.

La fama pues del agua se vertía  
Por los destos cabildos y concejos,  
Y con imaginar que ya se vía  
En mozos se tornaron muchos viejos:  
Prosiguiendo tan loca fantasía  
Sin querer ser capaces de consejos;  
Y así tomaron muchos el camino  
De tan desatinado desatino.

Al norte pues guiaron su corrida,  
No sin fortunósísimos rigores,  
Bien lejos de la fuente referida  
Y de sus prosperados moradores;

Mas descubrió la punta que Florida  
Llamó, porque la vio Pascua de Flores;  
Volvióse hecho tal descubrimiento,  
Y pidiólo por adelantamiento.

El rey nuestro señor, que bien sabía  
Sus servicios, proezas y valores,  
Luego le concedió lo que pedía  
Con otras más mercedes y favores;  
Por las cuales Joan Ponce prometía  
De le hacer servicios muy mayores;  
Y para los efectos deste cargo  
De los bienes ganados gastó largo.

De gentes y pertrechos proveída  
Aderezóse luego grande armada,  
Pusieron en efecto la partida  
Para muerte de muchos deseada;  
La tierra se tomó de la Florida  
Con un escaramuza muy trabada,  
Por venir a la playa los floridos  
En su defensa bien apercebidos.

Son los floridos todos bien dispuestos,  
Membrudos, recios, sueltos, alentados,  
En todas proporciones bien compuestos,  
En los arcos y flechas muy usados;  
Son en sus armas sumamente prestos  
Y en las peleas nada descuidados,  
A los contrarios van viejos y nuevos  
Como las bestias fieras a sus cebos.

No nada con tal ímpetu sirena,  
Ni por las bravas ondas tan esperta,  
Pues cada cual y no con mucha pena  
Entre voraces peces se despierta;  
Matan en alta mar una ballena  
Para la repartir después de muerta,  
Y aunque ella se zabulla, no se ciega  
El indio, ni de encima se despega.

No puede con sus fuerzas no ser flacas  
Desechallo de encima las cervices,  
El indio lleva hechas dos estacas  
De durísimas ramas o raíces,  
Y en medio de las ondas o resacas



Se las mete de dentro las narices,  
La falta del resuello la desmaya,  
Y ansí la hacen ir hacia la playa.

Son las cazas y pescas sus usanzas,  
Y en aquesto consisten sus primores,  
Aquí suelen poner sus esperanzas  
Los niños y mancebos y mayores;  
Ansí se curan poco de labranzas,  
Y entre ellos hay muy pocos labradores,  
Sus usos a las noches y mañanas  
Son mazas, arcos, flechas y macanas.

La tierra con verdores se matiza,  
Y desde lejos buen color esmalta;  
Pero si la halláis escandaliza,  
Por ser de bastimentos toda falta;  
En su mayor compás anegadiza  
Sin parte que podamos decir alta;  
Hay por estas distancias y caminos  
Cantidad de nogales y de pinos.

Desembarcaron pues recién venidos  
En tierra que por ellos se desea;  
Pero gran cantidad de los floridos  
Apercebiéronse para pelea;  
Y tan desvergonzados y atrevidos  
Que cosa no se vio que más lo sea:  
Joan Ponce de León como valiente  
Puso también en orden nuestra gente.

Sin temor de fortuna mal aviesa  
Salieron españoles al encuentro;  
Mas el que hizo más brava promesa  
Se quisiera meter dentro del centro;  
Porque los indios dieron tanta priesa,  
Que huyeron los más la mar adentro;  
Las voces de Joan Ponce con su hecho  
Por allí fueron de ningún provecho.

Porque vio de su gente ya caída  
Gran cantidad por uno y otro lado,  
Los vivos todos iban de huida,  
Sin que guardasen orden concertado;  
El ansímismo de mortal herida  
El un muslo tenía traspasado,

Y parecióle ser intento loco  
No irse retrayendo poco a poco.

Tenía de la dura competencia  
Traspasado de tiros el escudo,  
Y procuró salir de la pendencia  
Viéndose de los suyos tan desnudo;  
Al fin con perdidosa resistencia  
Embarcóse con todos los que pudo;  
Quedaron deste grande vencimiento  
Los indios con mayor atrevimiento.

Porque días después del alboroto  
Del trance que dijimos riguroso,  
A la misma conquista vino Soto  
Capitán de Perú muy valeroso;  
Pero de aquella suerte fue remoto  
En esta, donde vino poderoso,  
Por hallar gente pobre no tan blanda,  
Y así murió también en la demanda.

Luego tentó pedir esta jornada,  
Conclusos estos trances que resumo,  
Un caballero Pedro de Ahumada,  
Mas ahumada fue que no dio humo;  
Pues no quiso hacer la tal entrada  
Pareciéndole ser de poco zumo,  
Y después muchas naos pasajeras  
Se perdieron entre estas gentes fieras.

En los que naufragaban se hacía  
Por estos indios poco compasivos  
Lo que su condición crüel pedía  
Después ya de sujetos y captivos;  
Aunque después, según que se decía,  
Algunos dellos se hallaron vivos,  
Pintados como indios y a su modo  
En armas, en posturas y en el todo.

Con todas estas faltas y reveses  
Quisiera poseer estas riberas  
Impetuosa fuerza de franceses,  
Y allí pusieron armas y banderas,  
Gran cantidad de tiros y paveses  
Para robar las naos pasajeras,  
Pareciéndoles ser aqueste puesto

Para tales designios bien compuesto.

Pero Filipo magno, Rey de España,  
Siendo de tales cosas informado,  
Para descomponer la gran campaña  
Del corsario francés desacatado,  
Envió capitán de buena maña,  
Que fue Meléndez el adelantado,  
El cual de dentro y fuera de su fuerte  
A todos los mató de mala muerte.

Y por no convenir hacer desvío  
De tierras de tan gran inconveniente,  
Nuestro Rey se las dio por señorío  
Y están pobladas ya de nuestra gente;  
Pero quiero volver al curso mío,  
Y al Joan Ponce que dejó mal doliente,  
El cual con sus soldados encamina  
Sus naos a la isla Fernandina;

Donde sin mejorar de su herida  
Llegó con las reliquias del armada:  
Reconoció cercana su caída,  
Dispúsose muy bien a la jornada;  
Dio fin a los trabajos desta vida  
Pocos días después de su llegada,  
Con gran dolor de todas estas gentes,  
De mujer y de hijos y parientes.

Algo fue rojo, de gracioso gesto,  
Afable, bien querido de su gente,  
En todas proporciones bien compuesto,  
Sufridor de trabajos grandemente,  
En cualesquier peligros el más presto,  
No sin extremos grandes de valiente,  
Enemigo de amigos de regalos,  
Pero muy envidiado de los malos.

Todos aquellos hombres principales.  
Vecinos de la isla Fernandina,  
Solenizaron estos funerales,  
Con gran autoridad y pompa dina,  
Según las ceremonias de los tales  
Al tiempo que al sepulcro se camina:  
Y en el túmulo alto que tenía  
Un dístico pusieron que decía:

*Mote sub hac fortis requiescunt ossa Leonis,  
Qui vicit factis nomina magna suis.*

*Aqueste lugar estrecho / Es sepulcro del varón,  
Que en el hombre fue León / Y mucho más en el hecho.*